

EDITORIAL

No es un secreto para nadie en América Latina que los religiosos varones son la ínfima minoría y, porque no decirlo, los grandes ausentes de todas las reflexiones y procesos que emprenden la CLAR y las diferentes conferencias de religiosos y religiosas del continente. Las interpretaciones y justificaciones de este fenómeno generalizado son múltiples: la sobre -ocupación ministerial de los varones y su individualismo creciente a la manera de los sacerdotes diocesanos, la autosuficiencia de las familias religiosas masculinas en cuanto a su formación pasada (se ven más como maestros que como discípulos), los rezagos recalcitrantes de machismo u otra manera de ver lo mismo, el temor de encontrarse con un grupo, mayoritariamente femenino y de lejos más preparado y al día en las diferentes problemáticas de la vida religiosa, de las ciencias humanas, de la espiritualidad y hasta en algunas oportunidades de la teología. Lo cierto es que la vida religiosa masculina corre el grave riesgo de quedarse atrás en la reflexión sobre refundación, de diluirse en sus tareas y sus reflejos clericales y, por lo tanto, de perder poco a poco su identidad y su relevancia como religiosos en la Iglesia.

Somos muchos los varones, implicados en la aventura de la vida religiosa latinoamericana, que nos preocupamos por este fenómeno. En esta tribuna de todos y todas las religiosas y religiosos del continente, queremos aprovechar el alto entre las dos etapas del Camino de Emaús para dedicar todo un número a este problema enfocado desde diversos ángulos.

Después de la ya acostumbrada reflexión de Simón Pedro Arnold sobre la relectura de los votos, presentamos aquí un compendio de reflexiones sobre el tema. Ignacio Madera aborda la delicada cuestión de la nueva masculinidad en el concierto del género en la cultura posmoderna y de sus consecuencias en la vida comunitaria célibe de hoy. Finalmente, pedimos al Hno. Alvaro Rodríguez, fsc. nos permitiera publicar un texto suyo en el que nos habla de los retos actuales de la vida religiosa masculina no clerical.

En las páginas de la «Otra mirada», la presidenta de la CLAR, Carmen Margarita Fagot expresa un pedido caluroso a las congregaciones masculinas para que se pongan en marcha.

Esperamos que estas reflexiones, lejos de culpabilizar u ofender a nuestros hermanos, nos ayuden a entrar en la danza tan importante y tan gozosa del reencuentro con una Vida religiosa con identidad y calidad propias.

Simón Pedro Arnold osb.
Responsable de la redacción.

EL RIESGO DE JESUCRISTO HOMBRES Y MUJERES DE HOY PARA EL MUNDO

Simón Pedro Arnold, osb.

Resumen: Partiendo de la frase del evangelio «ustedes están en el mundo sin ser del mundo», el autor, en este capítulo, intenta releer la vida religiosa y los votos desde la encarnación en la historia contemporánea. Al proponer una prolongación de la fórmula de Jesús hacia un ser y estar «para» el mundo, se trata de comprender el Reino de Dios como la propuesta y la promesa de una humanidad nueva que la vida religiosa pretende anunciar y, de alguna manera, anticipar. En este sentido, el autor se interroga sobre una santidad que no tendría significación en el mundo de hoy. Más bien opta por una santidad «balbuciente» pero significativa. La vida religiosa es signo antes que modelo, lo cual se manifiesta en dos dimensiones de nuestro testimonio: ser «enigmáticos» es decir cuestionadores y ser «reveladores» es decir buena noticia de liberación. El capítulo se concluye con un recuerdo de los nuevos escenarios posmodernos donde nuestro «voto de encarnación» que sintetiza nuestros tres votos, debe realizarse.

Síntese: Partindo da frase do evangelho «vocês estão no mundo sem ser do mundo», o autor, neste capítulo, tenta reler a vida religiosa e os votos a partir da encarnação na história contemporânea. Ao propor uma prolongação da maneira de Jesus ser e estar «para» o mundo, trata de compreender o Reino de Deus como a proposta e a promessa de uma humanidade nova que a vida religiosa pretende anunciar e, de alguma maneira, antecipar. Neste sentido, o autor se interroga sobre um tipo de santidade que não teria significação no mundo de hoje. Melhor, opta por uma santidade «balbuciente» mas significativa. A vida religiosa antes de modelo é um sinal que se manifesta em duas dimensões de nosso testemunho: ser «enigmático» quer dizer questionador e ser «revelador» quer dizer boa notícia de libertação. O capítulo termina recordando os novos cenários posmodernos onde nosso «voto de encarnação» - que sintetiza os três, deve realizar-se.

Después de nuestras últimas andanzas por la finitud y la noche, conviene ahora volver a las realidades históricas concretas donde se encarnan nuestras vidas. Pues, el reto constante lanzado a la vida religiosa es el de su significación histórica. ¿De qué nos serviría, en efecto ser santos si no somos significativos para nuestros contemporáneos? Si es muy de alabar nuestra preocupación por ser santos, no menos importante debe ser nuestro cuidado por ser significativos. En efecto, ¿cómo se anunciaría el Reino si nuestra búsqueda de santidad responde no a nuestro tiempo sino a tiempos idos, si nuestro testimonio se vuelve totalmente hermético? Puesto que el asunto mayor no es nuestra salvación sino el anuncio del Reino, mejor sería eventualmente ser menos santos y menos heroicos pero más significativos, de tal manera que, aún en nuestra imperfección, se pueda discernir la venida cercana del Reino de Dios para todos los humanos.

Es en esta perspectiva de nuestra significación histórica que quisiera volver aquí al tema abordado más arriba del sentido «transitivo» de nuestra consagración. No se trata, una vez más, de comprender nuestra consagración como una separación de las contingencias históricas, sino de vernos como «dedicados» a la transformación de la historia en vista al Reino que viene. Para tal fin, me propongo retomar aquí la expresión del evangelio de Juan: «estar en el mundo sin ser del mundo», añadiéndole una tercera fórmula, implícitamente presente en la frase evangélica: «Ser (o estar) para el mundo».

Consagración como un estar «en» el mundo.

Nuestros tres votos podrían resumirse en uno solo: el voto de encarnación. En efecto, si nuestra consagración es una identificación radical con nuestro bautismo, es decir con la vida histórica de Jesús asumida cabalmente como nuestra, entonces nuestra profesión religiosa no es sino la decisión de encarnarnos en la historia a la manera de Jesús. Optamos por tomar en serio nuestra identidad nazarena y rechazamos todo intento de separarnos de Nazaret, es decir de la vida humana tal como es.

Cuando hablamos de nuestra opción nazarena, afirmamos que nuestras comunidades son cruces de historia concreta. Entre nosotros y en nosotros se entrecruzan los valores y los contravalores de nuestro tiempo. Nuestras vidas son foros de acontecimientos cotidianos que nos hacen hombres y mujeres contemporáneos a la vez que nos invitan al debate, al cuestionamiento y a la distancia profética. No somos zombis o marcianos sino gente de Nazaret, es decir ciudadanos de un tiempo, condicionados por él y situados en él. Esta exigencia de verdadera contemporaneidad se expresa esencialmente en nuestros estilos de vida, nuestros lenguajes simbólicos y nuestras ideologías. Aquí se juega el importantísimo dilema entre santidad y significatividad esbozado rápidamente más arriba. Sí, podemos ser santos y hasta heroicos y totalmente no significativos. La verdadera pregunta es la de saber si nuestras opciones son descifrables y fecundas en el contexto de nuestra historia concreta aquí y ahora. De alguna manera, es preferible ser algo menos santos o menos heroicos pero sí cuestionadores, entendibles, significativos para los hombres y mujeres de hoy. O, mejor dicho, podríamos preguntarnos si una santidad para otros tiempos sigue siendo santidad. Al contrario, estos tanteos generosos y austeros para entender y responder evangélicamente a los desafíos de nuestros contemporáneos ¿no es, en definitiva, la única verdadera santidad, en construcción, por cierto, llena de imperfecciones y de errores, pero con el innegable sabor del Evangelio?

Antes de ser un modelo «importado del cielo», la vida religiosa es y debe ser el fruto nacido de un compromiso histórico con la humanidad real. Como toda experiencia espiritual, nos toca ser a la vez reflejo, crítica y respuesta modesta a las inquietudes de la humanidad en marcha. No se trata de proponer una

figura perenne sin fecha y sin subjetividad histórica. No se trata tampoco de subsistir a toda costa para la eternidad. Ninguno de nuestros fundadores y fundadoras perdió el tiempo en preguntarse si su intuición estaba en el cielo desde toda eternidad y aún menos si su obra iría a subsistirle. La interpelación de su tiempo a la que querían responder con el Evangelio era tan urgente y tan obsesiva que ocupaba todo el espacio de sus preocupaciones. Si hubieran pensado en una obra para la eternidad no habrían sido respuesta al momento histórico donde se encarnaron. En cambio, al querer simplemente encarnarse en su «hoy», dieron una respuesta creativa cuya dinámica se prolonga hasta nuestro «hoy» en respuestas recreadas sucesivamente a partir de su inteligencia de Dios y del mundo pero de manera siempre nueva.

Consagración como no ser «del» mundo.

Sin embargo, la nuestra es una opción necesariamente marginal como la opción de Jesús. La identidad nazarena de los cristianos agudiza, paradójicamente, su carácter de marginales. El propio Jesús tuvo que sufrir el escándalo de sus paisanos ante su inadmisibile profetismo. La cercanía y la banalidad nazarena de la vida religiosa debe, a su vez, ser lugar de escándalo. El reto es ser lo suficientemente significativos dentro del mundo (como acabamos de sugerirlo) para ser verdaderamente molestos. Si somos marcianos, nuestra marginalidad se confunde con nuestra identidad intersidereal y, por lo tanto, no concierne a nadie. Pero nuestra referencia clara a Nazaret no puede dejar desapercibido el escándalo de nuestra propuesta.

Desgraciadamente, el carácter «extraño» de nuestros estilos de vida y de nuestros lenguajes nos hace, en cantidad de casos, no significativos en Nazaret. En cambio, nuestra conformidad con las escalas de valores dominantes de nuestra sociedad diluye nuestra pregunta para reducirla a una anécdota sin relevancia. En términos evangélicos, sin estar realmente «en» el mundo, somos vistos como gente «del» mundo. El malentendido es completo.

Para reanudar con nuestra vocación de marginales, muchos de los nuestros quisieron romper con nuestras alianzas ambiguas para irse a la periferia. Este fue el gran movimiento post Medellín de inserción. Pero, si nuestros pies se movieron y si llevamos nuestras maletas con mucha sinceridad, me temo que, para muchos de nosotros, la cabeza y, a veces el corazón, se hayan quedado en el «centro» del sistema dominante. A tal punto que, sin darnos cuenta, poco a poco hemos reconstruido en la periferia los estilos que pensábamos haber dejado atrás en el centro.

De alguna manera, la refundación es la hora de una segunda inserción, es decir una segunda migración: la inserción y la migración de las mentes. Para tal fin, es necesario replantearnos la vida religiosa como una opción, en sí, minoritaria, débil y modesta. Los caminos de herradura no son para los muchedumbres, los exploradores no van acompañados de ejércitos, la semilla se hunde en solitario. Hay que volver a ubicarnos en el anonimato de los primeros cristianos de los que habla la carta a Diogneto, invisibles como fermento, escondidos como el alma del mundo. De ahí la necesidad de volver a la escuela de los anónimos, de los sin importancia, de los que no pintan ni se pintan, para reencontrarnos con nuestra verdadera vocación. Nuestro único

signo distintivo debería ser, en el fondo, nuestra fecundidad profética y espiritual. Paradoja evangélica por excelencia, la Vida religiosa no reivindica ninguna originalidad, ni quiere ser extraña en el mundo. Pero tampoco quiere verse indentificada con él. Ruptura y comunión: tal es nuestro reto histórico, el dilema y la dialéctica siempre por revisar en la dinámica de nuestros compromisos. Estamos constantemente amenazados por la tentación de seguridad que precisamente nos hace «del» mundo, sin ser solidarios «en» la inseguridad del mundo.

Del punto de vista espiritual, estamos urgidos a salir otra vez a la intemperie de la providencia que vio nacer a todas nuestras familias religiosas. Tiempo de fe y de confianza en el único que puede dar sentido y fecundidad a nuestras presencias en el mundo. Transeúntes, simples «pasantes» hacia la patria definitiva, tenemos que cuidar toda instalación material, intelectual y afectiva para apoyarnos exclusivamente en Aquel que da sentido y sabor eterno a la fragilidad de nuestras obras, de nuestras palabras y de todas nuestras realizaciones humanas necesariamente pasajeras.

En esta perspectiva, la actual inseguridad del mundo, y muy especialmente de los pobres, se vuelve, para nosotros, cuestionamiento, invitación al despojo y a la conversión. La tempestad cultural, social y política que afecta el mundo es para nosotros una oportunidad para reconstruir una fidelidad modesta desde la libertad de quienes nos proclamamos ciudadanos de un Reino que no es de este mundo.

Consagración «para» el mundo.

Aún si el evangelio se contenta con darnos la tensión fecunda entre el «en» el mundo y el «no del» mundo, queremos aquí explicitar la dialéctica que está implícitamente presente en la tensión evangélica, haciéndola desembocar en la verdadera razón de ser de la vida cristiana: el Reino «para» el mundo. Tal es la fe y la misión de la Iglesia: anunciar los brotes ya presentes del Reino en la historia humana para preparar, acoger y desarrollar, en la historia una vez más, el «todavía no» de este Reino. Fue una de las gracias mayores del concilio volver a confrontarnos con una utopía de Reino en la historia y no fuera de ella, como una abundante literatura anterior nos había acostumbrado a entenderlo. En esta perspectiva de Reino «para» la humanidad y su historia concreta, la vida religiosa tiene como misión el ser signo antecesor de la nueva Jerusalén. En varias oportunidades, en el pasado, hemos afirmado que la vocación de los consagrados no se encontraba del lado del modelo sino del signo. Esta afirmación tiene dos implicancias de suma importancia para nosotros. El signo es primero un interrogante. Antes de haberlo descifrado, el signo se presenta como un enigma para descodificar. Pero es también, en un segundo momento, una «revelación», una respuesta y un descubrimiento.

El «ser para» el mundo, o, en otras palabras, la misión de la vida religiosa tiene que ver necesariamente con estas dos exigencias.

Tenemos que preguntar y preguntarnos, primero, cual es el interrogante, el enigma inquietante que plantea nuestro testimonio al mundo de hoy. En esta

línea, nos toca despojarnos de todo lo que, en nuestro estilo de vida, llevaría a la simple curiosidad de una sociedad hambrienta de exotismo barato. La curiosidad, que participa del engaño de las modas, dispensa de la inquietud propia del enigma por resolver. El carácter enigmático de nuestra vocación religiosa debe ser reencontrado no en sus aspectos externos de originalidad sino en su contenido profundo y en su consistencia. Como la vida de Jesús constituyó un enigma inquietante para Nicodemo, no tanto por los milagros sino por la consistencia misma de su persona, así también es preciso que el mundo de hoy nos venga a visitar en su noche, no por nuestras obras o nuestras «rarezas» culturales, sino por el impacto y el tambaleo que nuestras opciones reales provocan en sus vidas.

En segundo lugar, podemos preguntar y preguntarnos en qué medida nuestra vida constituye una revelación, una sorpresa liberadora «para» el mundo. El encontrarse con nosotros debería ser para todos los humanos, en efecto, un permanente «eureka», una chispa de nueva comprensión, y, por ende, de liberación, un descubrimiento feliz y fecundo de nuevas vetas de vida en la espesura del misterio humano. Más allá de la retórica eclesial y de las recetas religiosas mil veces repetidas, la Vida religiosa pretende, en su despojo y su modestia, ser algo realmente novedoso, un aire fresco, un clima renovado de verdadero evangelio, una invitación a reconciliarse con la esperanza de una humanidad diferente y gozosa.

Por allí va la exigencia que repetimos constantemente en este capítulo de una significatividad de nuestro testimonio. Ser significativos pasa por esta doble experiencia de humanidad: el enigma y la revelación. Terrible exigencia que no nos dejará nunca satisfechos puesto que, en este mundo cambiante como una duna, el enigma y la revelación deben ser dinámicos y creativos. ¿Cómo los valores eternos del humanismo evangélico pueden cobrar cada día una nueva densidad para seguir provocando inquietud y alegría? Este era ya el reto de Pablo en el ágora de Atenas. Ojalá tengamos más éxito que él y, para ello, más creatividad e inteligencia del otro y del misterio a la vez.

Los nuevos escenarios del ser «para» el mundo.

Acabamos de señalar cuán movido y cambiante está el mundo «para» el cual estamos consagrados. Este movimiento constante es un llamado a la vigilancia evangélica. Pues, es en este mundo movido que vendrá el Señor a la hora que menos esperamos. Ojalá no nos encuentre dormidos en una época pasada. Como vigías de la historia nos urge mantenernos de todas maneras despiertos para anunciar los signos antecesores del esposo que viene o, en otras palabras, del Reino. Para cultivar esta vigilancia histórica, me parece importante recordar cuales son hoy los desafíos nuevos a los que estamos llamados a responder. Esto que llamamos aquí nuevos escenarios ha recibido, en los años recientes, diferentes apelativos. El Papa los llama nuevos areópagos, refiriéndose al diálogo de san Pablo con los atenienses en los Hechos. Otros hablan de nuevos paradigmas, subrayando, ante todo, que estas nuevas realidades constituyen claves para entender el conjunto de nuestra realidad posmoderna. Al hablar de escenarios, insistimos, por nuestra

parte, en la dimensión de acontecimiento imprevisto y todavía poco descifrado de la actual coyuntura. Se trata, en lenguaje del Nuevo Testamento, de un kairós, este momento sorpresivo y favorable que dice la irrupción del Espíritu en nuestra historia, más que de criterios de análisis y comprensión teórica de la realidad. Pero todos estamos de acuerdo para afirmar que por ahí va la llamada de Dios en este momento, sabiendo, sin embargo, que mañana habrá que explorar otras realidades todavía no conocidas.

Dichos escenarios corresponden, en grandes líneas, a las perspectivas que estamos trabajando en la vida religiosa latinoamericana desde muchos años y especialmente desde el año 1997.

El primero de estos escenarios y el más importante, sin ninguna duda, es la irrupción en el nivel planetario de la conciencia de género. La nueva palabra de las mujeres en prácticamente todos los campos del acontecer humano, constituye una novedad absoluta y una exigencia de revisar todas las relaciones sociales y afectivas cómo también de replantearse seriamente la cuestión de la identidad masculina y femenina más allá de los prejuicios históricos. Como lo hemos visto en un capítulo anterior, esta novedad cuestiona nuestra vivencia de la castidad y del celibato pero también, más ampliamente, el conjunto de nuestros comportamientos como religiosos y religiosas. Ser consagrados para el mundo implica hoy revisar toda nuestra vida a la luz de la cuestión de género. Sino ya no seremos signos, es decir enigma y revelación.

El segundo terreno donde nos consagramos para el mundo de hoy es lo que se suele llamar hoy la cultura juvenil. Como nunca en el pasado, podemos hablar de una cultura específica de los jóvenes y para los jóvenes. Esta realidad cuestiona frontalmente nuestra imagen hacia dentro y hacia fuera.

Por otra parte, la nueva cultura de comunicaciones, particularmente la irrupción del internet, cuestiona radicalmente nuestra palabra en el sentido amplio. Es toda la zona de nuestro lenguaje simbólico que necesita ser revisado, no solo por razones de eficacia del kerigma sino, una vez más, por que desafía de significatividad de la vida religiosa y de la Iglesia en su conjunto.

Por otra parte, estas nuevas interpelaciones están atravesadas dramáticamente por la cuestión de la pobreza y de las marginalidades que pasaron a ser la situación de las inmensas mayorías del mundo. Cuando hablamos de una renovada opción por los pobres, afirmamos que la expresión de la pobreza cambió de rostro y de dimensión y que urge replantear nuestras presencias en un mundo masivamente conformado de excluidos, teniendo en cuenta además el surgimiento de nuevas pobrezas y de nuevas voces reivindicativas en el concierto «cacofónico» de la injusticia planetaria.

En definitiva, todos estos nuevos desafíos pueden resumirse en uno solo: la prioridad de la exigencia ética y su crisis generalizada en la historia humana actual. Estar «para» el mundo hoy, como religiosos y religiosas implica, por lo tanto, ser un signo activo y palpable de un nuevo humanismo, es decir de una nueva ética vigorosa y abierta desde el evangelio.

NUEVA EXPRESION DE LA MASCULINIDAD EN LA VIDA RELIGIOSA

Ignacio Madera Vargas, SDS

Resumen: La superación de determinados paradigmas arquetípicos culturalmente incrustados en el inconsciente colectivo de los hombres latinoamericanos no se produce solamente por las luchas libertarias instauradas desde hace tantos años por las corrientes feministas o por la concesión misericordiosa de derechos y posibilidades por parte del género dominante a un género dominado. La nueva masculinidad pasa necesariamente por una «nueva» comprensión de lo humano fundamental que para mí tiene su expresión singular en la Escritura Santa. Comprensión de lo humano fundamental en términos de la intencionalidad de Dios al crear a la humanidad y de su designio salvador de todo lo que a lo largo de la historia desdibuje, destruya o desdiga de ese mismo designio. En perspectiva de género, hombres y mujeres nos hacemos humanidad en la lucha por todos los olvidados, oprimidos y segregados de la historia. En esta causa común nos vamos identificando y construyendo una identidad masculina que en la vida religiosa se recrea en comunión con la vida religiosa femenina.

Sintese: A superação de determinados paradigmas arquetípicos, culturalmente incrustados no inconsciente coletivo dos homens latinoamericanos, não se realiza somente pelas lutas reveladoras instauradas desde anos por correntes feministas ou por concessão misericordiosa de direitos e possibilidades por parte do gênero dominante a um gênero dominado. A nova masculinidade passa necessariamente por uma «nova» compreensão do humano fundamental, que para mim tem sua expressão singular na Sagrada Escritura. Compreensão do humano fundamental em termos de intencionalidade de Deus ao criar a humanidade e de seu desígnio de salvar tudo o que ao longo da história destoe, destrua e desdiga esse mesmo designio. Na perspectiva de gênero, homens e mulheres nos fazemos humanidade na luta por todos os esquecidos, oprimidos e segregados da história. Nesta causa comum nos vamos identificando e construindo a identidade masculina que na vida religiosa se recria na comunhão com a vida religiosa feminina.

Pensamientos iniciales

¿Qué puede significar hablar de nueva masculinidad?. Si hablamos de «nueva» quiere decir que de alguna manera existe o ha existido una antigua que, o ha sido remplazada o ha dejado o está dejando de tener vigencia. Por eso es importante situar mi reflexión en un contexto mayor para poder comprender el sentido de estar utilizando la expresión «nueva». Con esta expresión quiero afirmar que es necesaria una nueva manera de expresar y comprender la masculinidad al interior de nuestras diversas culturas, de la vida religiosa masculina y de la Iglesia. No hablo de una nueva masculinidad como si se diera una transición desde una antigua en el orden de lo esencial o que se produzca la creación de una entidad diversa.

En contraste con las consideraciones patriarcalistas y quiriarcales que han caracterizado la masculinidad, sobretodo en nuestros países latinoamericanos, en los cuales, cual más cual menos, el machismo ha sido una constante tanto en los sectores populares como en las clases medias y altas. Entiendo, por lo tanto, por nueva masculinidad las valoraciones y prácticas de la masculinidad que nos llevan a los varones a ser y expresarnos como esencialmente iguales con relación a lo femenino en la vivencia y construcción de nuestra propia identidad.

La superación de determinados paradigmas arquetípicos, culturalmente incrustados en el inconsciente colectivo de los hombres latinoamericanos, no se da solamente por las luchas libertarias instauradas desde hace tantos años por las corrientes feministas o por la concesión misericordiosa de derechos y posibilidades por parte del género dominante a un género dominado. La nueva masculinidad pasa necesariamente por una «nueva» comprensión de lo humano fundamental que para mí tiene su expresión singular en la Escritura Santa. Comprensión de lo humano fundamental en términos de la intencionalidad de Dios al crear a la humanidad y del designio salvador de ese mismo Dios con relación a todo lo que a lo largo de la historia desdibuja, destruya o desdiga de ese mismo designio.

Hablar de nueva masculinidad nos remite entonces a una comprensión de lo masculino como original y sugestivo pero con la conciencia clara de estar consciente o inconscientemente afectados por un machismo ancestral que sigue vigente también en hombres de Iglesia y dentro de ella, de la vida religiosa.

Por donde descubrimos una nueva masculinidad?

En contraste con las posturas dominantes del macho urge identificar y crear actitudes del hombre que en actitud de apertura a un diálogo sereno y fecundo, propia de una comprensión de género, va superando las diferencias sexistas hacia la aceptación de la propia humanidad en su diversidad creadora. El género humano ha sido creado en la unidad de la diversidad, a imagen de la Santa Trinidad, en la que la diversidad se realiza en la integridad del Uno y la continua intercomunicación de las personas divinas es realización de la unidad de un solo Dios verdadero. Comprender la diversidad como lucha de contrarios o como compartimentos incommunicables conduce a no ser capaces de asumir que en Dios, la comunión es la expresión mayor de realización de la diversidad en la unidad.

Mujeres y hombres vivimos nuestra condición de imágenes de Dios en la diversidad de nuestras identidades masculina y femenina pero igualmente realizamos la imagen de la unidad de Dios en el ser humanidad. Género humano en realización constante y en búsqueda incesante de plenitud en la historia presente que nos abre a la futura. Desde la mirada del varón tradicional parece que todo fuera masculino, o que solo lo masculino se asociara a las ideas de racionalidad, de poder y de eficacia. Algunas expresiones de la psicología diferencial de los sexos han contribuido a la

exacerbación de las mentalidades que asocian la racionalidad a lo masculino en contraste con la sensibilidad y el sentimiento a lo femenino, el poder y la fuerza a lo masculino y la debilidad y la fragilidad a lo femenino, la eficacia y la ejecución inmediata al varón y la ambigüedad y el retardo en la realización de las propuestas como propias de lo femenino. Y nada más falso que las verdades a medias que a veces se desprenden de algunos análisis de este tipo.

Y no estoy refiriéndome a la identidad en términos de las expresiones de la masculinidad y la feminidad o desdibujando las reales diferencias de género, sino todo lo contrario. Quiero decir que, sin un reconocimiento de la diferencia como positiva, de la diferencia como voluntad de Dios al crear y de la diferencia como constructora de la unidad no puede el hombre identificarse a sí mismo como masculino. Es mayor todavía la intensidad de mi afirmación: la masculinidad sólo se construye en su autenticidad y originalidad como referida a la feminidad. Una larga historia de desconocimiento de lo original femenino y sus potencialidades de generar identidad en nosotros los varones nos ha llevado a la reafirmación de estereotipos culturales acerca del varón. No me voy a detener nuevamente en estos aspectos sino que quiero referirme con mayor atención a lo que significa para mí la feminidad y lo femenino.

Desde lo masculino reconocemos

Y vio Dios que era bueno, nos dice el libro del Génesis□ al concluir la gesta creadora. El escrito sacerdotal concluye cada acto creativo con esta expresión que ingresa una cadencia rítmica singular que genera sentido porque es la realización de la eficacia de la palabra creadora□. El decir de Dios realiza la acción de crear, la palabra es eficaz en la producción del efecto significado. Pero al llegar a la creación del hombre y la mujer, un componente nuevo se integra al relato: ahora no se trata de la creación de algo exterior a Dios sino de alguien que será a «su imagen»□. Y por ser a su imagen y semejanza fueron creados creadores, capaces de dominar sobre «las aves de los cielos y los peces del mar, en las bestias y en todas las alimañas terrestres»□

Dios no creó a la mujer del barro, sino de la misma carne de lo humano, de sus huesos y de su carne, del armazón de su estructura y de los componentes que hacían funcionar esa estructura. Al hombre lo creó del barro, a la mujer de la misma carne. La sorpresa del hombre es precisamente esa condición de igualdad porque esa sí que es hueso de sus huesos y carne de su carne. La sorpresa del hombre continua siendo actual cada vez que la mujer hace suya con derecho y con verdad esa condición de imagen. Porque vio Dios que era bueno y los dos quedaron en la libre determinación de construirse al interior del paraíso.

Lo femenino es la expresión de la regulación creadora del caos inicial. El término hebreo la «ruaj Yavé» comúnmente se utiliza como femenino y también como masculino□. De ello podemos inferir que se indica que las tinieblas y el caos serán convertidos en luz y en orden por la fuerza del Espíritu, por acción femenina que realiza la armonía. Lo femenino se presenta como la fuerza operante de Dios en el orden creado□. Y lo femenino devuelve la armonía a las

fuerzas caóticas y a las desventuras históricas de la comprensión que de nosotros mismos hemos tenido y tenemos los varones. ¿Cuántas veces no nos hemos cobijado en el pecho de una mujer para sacar del mismo la fortaleza que un infortunio de la vida nos depara? ¿Cuántas otras soportados, consolados, confortados, animados y sacados del hastío, de la crisis existencial por una palabra femenina que ha llegado en el momento más indicado?. ¿No existe siempre, en la vida de todo hombre, una presencia de mujer que realiza esa fuerza operativa de Dios? ¿No es verdad que en tantas ocasiones, empezando por la madre y llegando hasta la novia, la amiga consejera, la esposa, la abuela o la anciana venerable las mujeres reconstruyen la masculinidad herida?.

Desde lo masculino reconocemos el interés que la reflexión de género ha comenzado a suscitar en muchos religiosos varones evidenciado en la creciente conciencia de la necesidad de una construcción conjunta, no solo de la vida religiosa, sino de su presencia al interior de las sociedades como del nervio profético poético que nos debe caracterizar en esta hora de la humanidad. Las múltiples contradicciones que vive la humanidad contemporánea suponen de nosotros y nosotras una mirada serena y atenta, crítica y lúcida, decidida y valiente que tome la causa de los pobres, de los oprimidos, de los excluidos de cualquier mundo o de cualquier situación como la propia causa, como la capacidad de identificar el rostro del crucificado mal herido y sufriendo en el trágico destino de las víctimas□

En lo masculino reconocemos

Lo masculino adolece de una falla originante. No la llamo original porque es producto del desarrollo de la historia y no condición humana. Y la denomino originante porque es la causa de una serie de estereotipos que se han introyectado en el inconsciente de nosotros los varones, y quizá, mucho más en el de los varones en la vida religiosa dadas algunas consideraciones tradicionales de lo femenino como seductor y peligroso para nuestra estabilidad afectiva y genito - sexual. Esta falla originante es la que nos conduce a asumir posturas de pseudo superioridad ante la mujer. El temor de la propia fragilidad se transforma en necesidad de dominar para mostrar el poder de lo invencible; por ello es posible que sucumbamos a la tentación de mantenerla en una condición de segregada en la Iglesia, a minusvalorar su aporte en la construcción de la teología y de la teología de la vida religiosa, a pasar por encima de sus propuestas y a reducirla a los rincones de los servicios auxiliares de tipo litúrgico o de suplantación de actividades que posibilitan al varón desentenderse de algunas obligaciones que un día le fueron indispensables.

Hablar de nueva manera de expresar la masculinidad conlleva una conciencia de ruptura urgente con los miedos a una diversidad que construye. Afirmar la masculinidad ha sido comprendido como ser totalmente distinto, no parecerse en nada a la mujer. Ser varón es realizarse en las antípodas de lo femenino y lo contrario. Esta voluntad de reafirmación es la que provoca tantos comportamientos dominadores y machistas. Mostrando fuerza, los varones nos afirmamos y evitamos todo temor de confusión o de difusión de identidades□.

Hablar de nueva masculinidad en estos tiempos del continente significa ser conscientes de la diversidad de expresiones de lo masculino impresas en el corazón del alma latinoamericana. Porque son diferentes las expresiones de la dominación machista en el argentino o brasilero, o en el boliviano o peruano, el panameño o caribeño. No tienen las mismas características pero sí mantienen una constante dominante: la deficiente valoración de la mujer en total igualdad con el varón. De la misma manera las luchas libertarias de Uruguayas, guatemaltecas, chilenas o dominicanas expresan diversas formas de reivindicación y señalan la variopinta originalidad de Amerindia. Sin embargo, una constante es la voluntad femenina de realizar su condición de imagen de Dios en absoluta igualdad con el varón.

En tiempos de la fragmentación, de los pequeños relatos y la globalización es necesario que los religiosos varones comprendamos que estamos afectados, incluso a partir de nuestra condición de célibes, por una vivencia de la masculinidad que nos lleva a crecer con la idea de la sexualidad en términos de conquista y rendimiento, como una manera de probar la masculinidad frente a los pares, y no en relación con nuestros deseos y emociones. Esta puede ser la causa que explique el que los varones nos sentimos acosados por el temor a la intimidad y el temor al rechazo y tendamos a separar la sexualidad del contacto y las emociones. Más aún, el temor de vivir en una continua tensión de cara a las expresiones más auténticas de afecto, de cariño y de amor que nos vienen de la mujer. Nos es difícil vivir la masculinidad como gratuidad y la relación afectiva como no interesada en la conquista y la compensación, es decir, vivir la libertad evangélica en lo más genuino de sus expresiones, lo que somos castamente como hombres en comunicación con lo femenino. El aprendizaje del autocontrol racional de las emociones y sentimientos, aparece como el ideal necesario para alcanzar la autonomía e independencia que requiere el ser masculino y célibes. Puesto que la razón se sitúa en oposición a la naturaleza, y la sexualidad se piensa como parte de esa naturaleza, la superioridad masculina se construye controlando la propia sexualidad. En esta construcción de la masculinidad, las mujeres son identificadas con lo irracional --las emociones, la sexualidad, la naturaleza-- pero al mismo tiempo se niega la autonomía de sus propios deseos sexuales y su capacidad de autocontrol. Consideradas con frecuencia como objeto del deseo masculino, provocadoras de descontrol, responsables de la excitación masculina. Es muy probable que esta visión influya en los procesos de educación para el celibato, ubicando así a la seductora como culpable de las caídas afectivas de un varón dominado, la víctima inocente de la fuerza y el poder de seducción difícilmente superable por un varón que, a pesar de su racionalidad, se rinde ante la fascinación de lo femenino. Y esta manera de interpretar, favorece prácticas no siempre honestas y castas de relación a la mujer que conducen a diluir la responsabilidad masculina en lo que conlleva decidirse a iniciar una vinculación afectiva de cualquier género. Sin que podamos dejar de plantear que la mujer también asume el papel de seductora fascinada ante un varón aparentemente ingenuo e inexperto, puro e idealizado. El machismo latente atraviesa entonces transversalmente al uno y a la otra.

Es evidente que estamos ante la urgencia de superar la comprensión de nuestro ser masculino en términos de conquista para autocomprendernos como llamados a la aceptación de la diferencia que nos viene de la otra como invitación al diálogo y a la construcción común de humanidad. Buscando la construcción común de humanidad, a pesar de las ambigüedades de los esquemas dominantes vigentes en la larga historia del inconsciente colectivo del continente. Estos componentes de la cultura y del inconsciente colectivo afectan al hombre que asume la vida religiosa y se mantienen presentes a lo largo de su vida; y ello se refleja en su relación y consideración de la vida religiosa femenina.

Los estereotipos ante la vida religiosa femenina

Así como existen acciones y reacciones que son para mujeres, los religiosos varones tenemos estereotipos de cara a la vida religiosa femenina que van caracterizando una docta ignorancia en aspectos sobre los cuales las mujeres van asumiendo el rol de líderes. Escudados en el hecho de que la mayoría de los religiosos varones somos clérigos y en la idea de que los llamados religiosos laicales no siempre se interesan por la teología, los hombres de la vida religiosa clerical vamos desarrollando una indiferencia ante las búsquedas teológicas de las mujeres para una nueva comprensión de nuestro estilo de vida y ante las alternativas de renovación que, desde estas mismas búsquedas se van proponiendo.

Mientras los institutos de teología de la vida religiosa, los talleres de formadores, los seminarios y congresos, los paneles y simposios se llenan de religiosas inquietas y expectantes los varones brillamos por nuestra ausencia de todo ello y nos contentamos con la formación recibida en los tiempos de estudios teológicos seminarísticos o universitarios. Es lógico que pueda suceder que, siendo doctos en muchos saberes seamos ignorantes en teología de la vida religiosa; o mejor dicho, escépticamente impermeables a una búsqueda reflexiva de los retos que las nuevas realidades y las nuevas expresiones teológicas y sociales van planteando a la vida religiosa en general.

Desde la visión de algunos religiosos varones es posible que se considere que el grueso de las religiosas necesitan de formación porque no han pasado por los seminarios o las universidades y obtenido los respectivos títulos. Olvidando que normalmente estas instituciones no incluyen en sus currículos o planes de estudio una formación específica en teología de la vida religiosa, es decir, en el locus de Dios acerca de este estilo de vida.

Aún después del Vaticano II, del sugestivo magisterio de Medellín, Puebla y Santo Domingo, no han logrado la aceptación de un rol mayor, es decir, decisivo y autoritativamente determinante de la religiosa en la planificación pastoral, en la toma de decisiones acerca de las opciones de la Iglesia local, la atención a las sugestivas propuestas femeninas con relación a la opción prioritaria por los pobres, las intuiciones de respuestas no pensadas o calculadas que normalmente vienen del alma femenina, menos calculadora y

más arriesgada para el compromiso, disponible incluso para dar su propia vida por los hermanos y hermanas del sufrimiento y la opresión □

Creo que la vida religiosa femenina ha respondido con entusiasmo y vigor a las propuestas renovadoras de la Iglesia del continente. Proporcionalmente hablando es mucho mayor el número de mujeres que se encuentran en medio de los pobres que el número de hombres a lo largo y ancho del continente; mucho mayor el número de las que se han comprometido con las propuestas pastorales de construcción comunitaria y de las que, por no estar directamente implicadas en la presidencia de la celebración de sacramentos se insertan directamente en acciones evangelizadoras. Podemos decir, con temor y temblor, que los nuevos areópagos hacia los cuales nos ha invitado el Santo Padre en Vita Consecrata, han encontrado mayo eco en la mujer que en los varones consagrados en la vida religiosa.

El reconocimiento de esta realidad, puede conducir a la vida religiosa masculina a una pregunta por su propia capacidad de presencia en el corazón de las necesidades de evangelización inculturada y novedosa que pide la realidad actual de nuestros pueblos. Sobre todo en estos tiempos de mercado religioso en los cuales las propuestas fundamentalistas están calando en la cultura popular y urge la necesidad de una formación religiosa seria y comprometida, no solo a las elites de grupos o movimientos vinculados directamente a las responsabilidades pastorales, sino también a las masas. Un desarrollo de la creatividad es alternativa que compromete a hombres y mujeres a la manera de los primeros y primeras que siguieron a Jesús, en la misma tarea de seguir anunciando que el resucitado nos precede en Galilea.

Dos grandes bloqueos

Con cierto temor a ser mal interpretado, me atrevo a proponer lo que considero dos grandes bloqueos que puede vivir la vida religiosa masculina para asumir con decisión y esperanza las propuestas refundacionales y de fidelidad creativa que asuman una construcción de nuestro estilo de vida en comunión de género: la institucionalización por una parte y la parroquialización por la otra.

-Institucionalización:

Denomino institucionalización a los procesos de comprensión y práctica del religioso clerical o laical, como responsable absoluto, único e insustituible de las instituciones que han ido creando sus comunidades y cuyas funciones se superponen o contraponen a la vivencia del carisma, espiritualidad y reglas de la comunidad religiosa. Estas instituciones pueden ser colegios, universidades, hospitales, guarderías, residencias universitarias, clínicas, centros culturales o de salud. La institucionalización es el proceso mediante el cual la vida religiosa queda anulada o supeditada a los compromisos de los religiosos como funcionarios de la institución. Es evidente que aquí también la vida religiosa femenina está implicada.

Por la institución se tiende a sacrificar la necesidad de formarse continua y profundamente, de reunirse, participar en encuentros, retiros, actividades de

comunión e incluso la posibilidad de participar en la oración común y en la celebración de la eucaristía. Toda la vida empieza a girar alrededor de las funciones institucionales y se llega a considerar que el solo hecho de realizarlas eficazmente y de poner sus ganancias económicas en función de la vida provincial merece el precio pagado. Normalmente estos procesos conducen a la creación de religiosos tecnócratas, pragmáticos, ejecutivos, funcionarios eficaces productores de rendimientos económicos relevantes pero desentendidos, escépticos o displicentes ante todo lo que signifique reflexión, meditación, lectura cotidiana de la escritura, oración retiros y vida en el Espíritu. Funcionarios de Dios les llamaría algún crítico

Refundar estos procesos pasa por la dolorosa experiencia de conversión ante lo institucional, es decir, de colocar la vida religiosa más acá de la eficacia institucional y la institución como expresión de un espíritu y de una búsqueda de fe. En virtud de la llamada al seguimiento de Jesús no es posible pensar o comprenderse a sí mismo como funcionario sino como alegre servidor de la causa del Reino. Las instituciones no son la misión sino que a través de ellas pueden realizarse componentes de esa misma misión, por ello es urgente y vital no distorsionar los objetivos ni desvirtuar la búsqueda mayor.

Desinstitucionalizar a algunos religiosos, aunque ello conlleve procesos dolorosos de ruptura puede ser la única oportunidad para que asuman vivir el volver a lo fundamental. El ideal sería que desde la pertenencia a las instituciones logran hacerlo, pero la experiencia va mostrando que muchas veces se van viciando las prácticas y se hacen imposibles algunas reformas por una institucionalización exacerbada que se coloca por encima del espíritu. Y aquí se refleja el complejo de eficacia y de poder al que hemos hecho referencia como expresión nociva de la masculinidad. Construir esta última en la conciencia de la fragilidad que manifiesta la bondad de Dios puede convertirse en estímulo generador de libertad ante el deseo insaciable del poder y del control, de la dominación y la fuerza.

Evidentemente que en cuanto a institucionalización se refiere la vida religiosa femenina está igualmente afectada por el fenómeno. Aquí si que cobra vida la comunión de género; porque podemos encontrarnos, y de hecho nos encontramos con religiosas institucionalizadas que han hecho del poder institucional su gran arma de control de sus provincias, y de su indispensable acción sobre las mismas, ello se acompaña frecuentemente de una cerrazón del espíritu de acogida y apertura a lo imprevisible que es la búsqueda de una vuelta a las fuentes de la propia comunidad religiosa.

-Parroquialización:

Entiendo por parroquialización el proceso de conversión de un religioso ordenado en un ministro asimilable al clero diocesano. Y con esta expresión no quiero, ni más faltaba, pronunciarme de manera peyorativa sobre el clero diocesano, o valorar negativa o gradativamente el ministerio del presbítero religioso; simplemente quiero decir, que la vocación a la vida religiosa es otra y que incluso los religiosos cuando pierden su referente carismático y espiritual no llegan siquiera a los mínimos niveles de exigencia espiritual y compromiso con la misión propia de los presbíteros diocesanos.

El ministerio eclesial es don del Espíritu para la edificación de la comunidad eclesial. Por el sacramento del orden este ministerio adquiere significación especial de gracia y conlleva responsabilidades mayores ante la vida de la Iglesia. El ministro como servidor minoritario de la comunión de seguidores de Jesús está llamado a desarrollar en la asamblea de los creyentes sus posibilidades ministeriales y carismáticas. Predicadores de la palabra, constructores del Reino y presidentes de algunas de los sacramentos de la fe, los ministros se comprenden ante todo como seguidores de Jesús. Y este ministerio de animación y servicio también debe volver a lo fundamental de su sentido original para que no se limite a una sola de sus expresiones: la presidencia de las celebraciones sacramentales.

Ante las necesidades diocesanas muchas comunidades religiosas han asumido el ministerio parroquial. Ello, que es en sí mismo laudable y bueno puede conllevar, cuando se pierden determinados horizontes, un detrimento de la vida religiosa y de la vivencia del carisma particular de la misma. El problema no es tener o no parroquias, sino la constante que parece convertirse en ley: que la parroquialización va anulando las dimensiones comunitarias del carisma y las actividades parroquiales entran en competencia con las expresiones carismáticas de un ministerio que debería estar coloreado por este. Los religiosos nos vamos convirtiendo en buenos párrocos o buenos vicarios cooperadores pero en pésimos religiosos. Perdiendo el interés por lo comunitario, por lo carismático, por la historia y tradición de la orden o comunidad nos refugiamos en todo lo que conlleva el ministerio presbiteral bajo cuya sombra permanecemos sin preguntarnos por el porqué de la pertenencia a la orden, congregación o instituto. Y, lo que es peor, ante la primera dificultad comunitaria, o las propuestas mayores de cambios estructurales o de renovación, se decide dejar este estilo de vida y pasar al clero diocesano con una facilidad que indica, por doloroso y duro que sea decirlo, que hace ya mucho tiempo no se pertenecía a un espíritu sino a una cierta dinámica ministerial carente del carisma propio de la comunidad religiosa.

Normalmente la parroquialización tiene como telón de fondo las características de la institucionalización, la connotación particular está en las funciones sacramentales y en las directamente referidas a la pastoral diocesana que ella conlleva. Por ello, los procesos de fidelidad creativa o refundacionales incluyen la búsqueda de una comprensión del servicio de los religiosos en la pastoral diocesana y en la animación parroquial como expresión igualmente del carisma original de la orden, es decir, para expresarlo y vivirlo en medio de las comunidades a las cuales se sirve. Debe notarse y debe buscarse que los procesos de refundación refunden igualmente la presencia de la vida religiosa en las parroquias, de manera que sea ella un dinamizador de la misión pastoral tanto en la parroquia como en la diócesis de modo que los componentes espirituales de identidad carismática y ministerial impulsen procesos de creatividad y de expresiones renovadas de la vida de la Iglesia local.

Una nueva mirada

Urgidos estamos los religiosos varones de identificar en lo más íntimo de nosotros mismos la posibilidad de mirar nuestra búsqueda de Dios en la historia con ojos diversos, nuevos. Mirarnos como hombres en construcción de una masculinidad herida por la ambigua necesidad de aparecer fuertes siendo frágiles, poderosos siendo temerosos, duros siendo tiernos, eficaces siendo limitados, es decir integrando en un continuo fluir de la vida y los sentimientos, la razón que nos ayuda a comprendernos y entendernos como criatura humana, creados creadores en fundamental igualdad con la mujer según el claro testimonio paulino□.

Una nueva mirada a una masculinidad que no le teme a la fragilidad, a la ternura, a la energía, a la ilusión, al canto y al deleite. Una masculinidad en búsqueda de la armonía de la persona humana en su doble expresión de varón -mujer y en la consistente relación que va construyendo el ser masculino y femenino en igualdad radical. Identificados e identificadas pero desde nuestra igualdad fundamental como hijos e hijas de un mismo Padre de Nuestro Señor Jesucristo

Mirar la vida religiosa como el modo de vivir al que hemos sido llamados, como el eje articulador de los que estimula nuestra condición de bautizados y bautizadas, de miembros del pueblo santo de Dios, caminantes en la aventura del encuentro con el resucitado despojándonos cada día de toda práctica autoritaria y dominante, buscando vivir una comunión de Iglesia en el Espíritu de la diversidad en la unidad de un solo cuerpo. Una iglesia carismáticamente agraciada por el Espíritu Santo en donde todos los bautizados y bautizadas somos miembros del cuerpo de Cristo y compañeros y compañeras en la lucha por transformar un mundo fratricida en comunión de hermanos y hermanas, a imagen del Dios Trinidad

Ver la vida religiosa femenina en su grandeza y sus aportes a la tarea común, valorando sus conquistas y estimulando en nosotros lo que su testimonio de entrega y valentía suscita y provoca. Renunciando a formas pasadas de dependencia, nos abrimos a la colaboración en la misión y al compartir común de esperanzas y sueños para una presencia renovada de nuestro estilo de vida en las Iglesias de las que somos parte.

Ver la búsqueda de una novedosa lectura del carisma en el contexto de los signos de los tiempos como el reto que invita a una continua vuelta a la Santa Escritura y por ello, un reconocimiento de la desigualdad que el machismo y la dominación han provocado y el consecuente sufrimiento inútil que se ha causado a tantas mujeres que no han sido lo suficientemente respetadas, valoradas y amadas castamente por los varones

Y volver juntos la mirada a todos los hombres y mujeres víctimas de la injusticia, de la desigualdad, de la indiferencia y la desidia, del olvido y el desprecio. A quienes no encuentran camino distinto que el recurso a la violencia, la destrucción de la vida y de la creación; a quienes generando el terror van destruyendo la posibilidad de construir la armonía y la paz entre los seres humanos porque no buscan la solución de los conflictos sino su agudización y

prolongación inútiles. En el corazón dolorido de las víctimas seguimos identificando el corazón de Cristo y en las victorias y luchas de las mismas vemos a Jesús resucitando.

Y volver la mirada a la esperanza, porque la esperanza es la posibilidad de la lucha, porque mientras mantengamos la esperanza podemos seguir creyendo y mientras sigamos creyendo es posible seguir amando. En el camino de Emaús, a ...I, al Señor Jesucristo resucitado le invitaron los discípulos a quedarse porque la tarde iba cayendo. En los claros y oscuros de este momento crucial para el desarrollo de nuestra historia humana tenemos necesidad de invitarle a quedarse nuevamente para que podamos volver a Jerusalén con ojos limpios, con mirada de comunión y con prácticas renovadoras de los que somos como hombres y mujeres seguidores y seguidoras de Jesús, expresión de humanidad que realiza en el día a día de sus diversos compromisos viviendo la alegría de estar dando la vida en gratuidad y construyendo el Reino desde ya..

EL RELIGIOSO PRESBITERO: UNA CUESTION DISPUTADA□

Francisco Taborda, sj□

Resumen:

Sintese:

Estudiando las cuestiones del ministerio presbiteral ordenado de los religiosos desde el punto de vista del Historiador, O Malley□, nos llama la atención la evolución en el modo de concebir tanto el ministerio ordenado o presbiteral como el de la vida religiosa. La doble evolución permite establecer que por lo menos a partir del siglo XII hay dos formas de ejercicio o ministerio presbiteral ordenado. De acuerdo con la primera, el ministerio es desempeñado en la estabilidad de un local, se dirige exclusivamente a fieles cristianos y se define por la relación con el obispo. Su tarea es predominantemente litúrgica (casi exclusivamente). Con las órdenes mendicantes, la perspectiva del ministerio ordenado paso a ser otro. Los religiosos son ministros destinados a predicar ambulante, pero dotados de grande movimiento, orientados para aquellos que están al margen de la Iglesia (infiel, herejes, paganos...) y su vida se caracteriza por la relación de fraternidad (y no de jerarquía). La inserción les posibilita independencia relativamente de los ordinarios (obispos) del lugar donde ejercen sus ministerios.

Así, según O'Malley, la diferencia entre presbítero diocesano y religioso presbítero no es solo una cuestión de espiritualidad distinta, tiene su fundamento en algo mucho más radical: una concepción radical diferente del ministerio. Por lo tanto según el decreto *Presbyterorum ordinis*, del Concilio Vaticano II, allanó la diferencia, comparando todo ministerio ordenado en la Iglesia al del presbítero diocesano, más exactamente: vio todo ministerio a partir del episcopado y con eso redujo las características propias de la función del presbítero diocesano.

Al identificar las dos concepciones distintas del misterio, O'Malley ofrece una pista teológica interesante para salir del impase que la teología actual del ministerio ordenado, situada en perspectiva eclesiológica□, creó para los religiosos presbíteros. El enfoque ministerial a partir de la Iglesia local no habla de la existencia de un presbítero que no pertenezca al presbiterio de ningún obispo. No se puede en esta perspectiva justificar que un religioso sea presbítero (o diácono)□. Es necesario aclarar de forma teológica, correcta y actualizada un ministerio presbiteral desconectado de una Iglesia local. El presente ensayo pretende sugerir pistas o pautas para explicar teológicamente una diferenciación intrínseca en el ministerio presbiteral que justifique por lo menos dos tipos de ministerios designados con el mismo nombre.

**Dos concepciones
del ministerio ordenado**

E. Schillebeeckx tipifica la comprensión del ministerio ordenado, caracterizando dos grandes periodos que, en líneas generales, corresponden a cada uno de los dos milenios de historia del cristianismo□.

El primer período corresponde a una concepción pneumatológica eclesial del ministerio ordenado. La comunidad local, guiada por el Espíritu Santo, escoge su obispo normalmente de dentro de su seno, y lo recibe como tal, después de que los obispos de las Iglesias vecinas reconocen la legitimidad de la acción y las cualidades del candidato, le confieren el Espíritu por la oración y la imposición de las manos. La comunidad local, obispos vecinos, el candidato al cargo y el Espíritu Santo, son los actores de este proceso que caracteriza el ministerio como respuesta del Espíritu a la necesidad de una Iglesia local.

El segundo período se identifica por una concepción cristológica individualista sacerdotalizante. El individuo recibe de Cristo, por la oración y la imposición de las manos del obispo, el «poder de ordenar» y se vuelve «un otro Cristo» capaz de realizar las acciones de Cristo en los sacramentos; en ningún momento se visibiliza la intervención de una comunidad eclesial movida por el Espíritu. El punto de partida de esta concepción es el hecho jurídico de la ordenación válida, e independientemente del cuadro eclesial. En el primer milenio el ordenado es el que preside la comunidad y se ordena para presidirla en su vida y por lo tanto también en su celebración; en el segundo, el ministerio es ordenado para recibir el «poder» del orden, sacado de una comunidad concreta, aunque en última instancia venga a servir a una comunidad. Es la oposición entre ordenación relativa y ordenación absoluta.

Ya en el primer milenio existen casos de ordenaciones absolutas. Pero siempre son mencionadas como problemáticas. Son excepciones curiosas y deben ser evitadas. Puede suceder por ejemplo que se ordene un monje o un eremita. El caso más normal es su ordenación episcopal por haber sido escogido para una Iglesia local y estable. Otra modalidad es la ordenación de un monje para el servicio litúrgico de su monasterio. Tampoco constituye excepción la ordenación relativa, pues se destina a la comunidad monástica concreta. Es un caso contemplado explícitamente por el canon 6 del Concilio de Calcedonia□. La verdadera excepción a la regla es la ordenación de un monje o eremita en consideración a su relevante santidad.

En la concepción caracterizada como propia del segundo milenio, la ordenación de religiosos no constituye un problema y no es de extrañar que ella se vuelva casi regla en occidente a partir del siglo XII. Inclusive la vida monástica y las fraternidades mendicantes, originalmente no clericales, acaban clericalizándose contrariamente a sus tradiciones de origen. Esta dentro de la lógica de concepción cristológico - individualista. Poder celebrar la Eucaristía es una «buena obra» que eleva el mérito de los religiosos presbíteros y también una honra que aumenta su prestigio delante de los fieles en comparación con los «simples» religiosos. Otros factores, como la multiplicación de las misas penitenciales y de las misas por las almas (con consecuente necesidad de que las «rece») y la generalización de la confesión, auricular, también colabora para el fenómeno de la sacerdotalización de la vida religiosa.

Se abandona a concepciones cristológicas -individualistas, se busca hoy volver a la concepción pneumatológica eclesial. Resulta entonces problemático la caracterización y justificación del misterio presbiteral de un religioso.

El misterio presbiteral de los religiosos: Algunas soluciones

Para esta problemática han sido presentadas diferentes soluciones. Una sería pensar en la acción de los presbíteros destinados a la «pastoral extraordinaria»□, no a la «pastoral parroquial» que sería la ordinaria. Llama la atención el hecho de que el obispo es propiamente quién dirige a la Iglesia particular, con la participación de su presbiterio. Los religiosos presbíteros tomaran parte en esta dirección según su «especificidad» o sea su carisma□.

El otro camino de solución recomienda llevar en serio el condicionamiento histórico del instituto religioso, cuyo carisma abarca tareas que en la época de su fundación eran vetadas a los laicos. En esta perspectiva, la solución consistirá en reconocer «que el sacerdocio en la Iglesia puede ser realizado en formas muy diversas y que solo por la integración de todos a los servicios sacerdotales se planificará la participación del presbiterio de la Iglesia en el sacerdocio de Cristo, o sea: El sentido total de este servicio para la edificación de la Iglesia»□. No existe razón para tomar como modelo al padre diocesano del padre religioso, ni tampoco para fundamentar teológicamente los dos tipos de ministerios de forma igual.

Con esta perspectiva de Hirschmann, se vuelve a la intuición de O'Malley citada en el inicio de este trabajo. Aquí se procura encontrar su lógica, retrocediendo a la primera tradición donde se encuentra su lógica, donde se encuentran indicios de una diversificación ministerial no convencional, en una Iglesia en vías de institucionalización. Considerando que el segundo milenio del cristianismo definió el presbítero a partir de su «poder» sobre el cuerpo eucarístico de Cristo□, el punto de partida sería los casos de presidir la Eucaristía no por obispos ni presbíteros.

¿Tres modelos históricos de «presbiterado»?

La Didaché, escrita en el siglo I, posiblemente oriunda de Siria Occidental, da testimonio de la posibilidad de que la celebración eucarística era presidida por profetas itinerantes. Entre los ministerios eclesiales citados en la Didaché, están los apóstoles emisarios o itinerantes del evangelio que van de un lugar a otro, fundando comunidades, y los profetas y doctores, semejantes a los primeros por el carácter de movilidad del ministerio ejercido en la pobreza (y posiblemente en la abstinencia sexual). Entretanto, al contrario de los apóstoles itinerantes, las otras dos categorías se pueden establecer en un local, para

ejercer su ministerio por invitación de la comunidad. Poco se sabe de ellos, apenas que testimoniaron el evangelio y la doctrina apostólica. Sin embargo, la Didaché los relaciona explícitamente con la presidencia de la eucaristía, lo que en sí es muy lógico pues le compete a los profetas testimoniar la palabra de Dios revelada en Cristo y en la Eucaristía, es la proclamación de la muerte y resurrección del Señor «hasta que vuelva» (Cf. 1 Co 11,26), les toca la función de presidir la Eucaristía. En las escrituras cristianas no existe ningún pasaje que permita afirmar cuales son las condiciones para que alguien presida la Eucaristía. La única certeza razonable es de que alguien lo hacía y los participantes le reconocían tal derecho. Si era apóstol, u obispo, o presbítero (o el presbiterio) o otra determinada persona, no se puede afirmar. La mención de los profetas en la Didaché es el único testimonio anterior a Hipólito sobre quién presidía la eucaristía.

En la tradición apostólica de Hipólito (siglo III), se encuentra claramente pruebas de la presidencia de la eucaristía por el obispo, ayudado por el presbítero. Después de haber hablado de las ordenaciones de obispos, presbíteros y diáconos, Hipólito habla de los «confesores», aquellos que en la persecución contra los cristianos dieron testimonio de fe delante de los tribunales. Ellos gozaban en la Iglesia de la época de gran prestigio. Hipólito distingue dos categorías; quien «fue preso por causa del nombre del señor» y quien no estuvo en la prisión, solo tuvo que soportar burlas por ser cristiano o recibió penas domésticas (posiblemente los hijos por parte de los padres, los esclavos por parte de los señores) Sobre el primer grupo, Hipólito dice que «no se les impusiera las manos para el diaconado ni para el presbiterado, pues posee la honra del presbiterado, por su confesión. Pero si fuera instituido obispo, se le imponen las manos». La proximidad o cercanía del martirio, constituía pues al cristiano en presbítero (o diácono), sin necesidad de celebración litúrgica ulterior.

Por lo en tanto, en la introducción a la edición de la tradición Apostólica de Saource Chrétiennes 11 bis (1968). Bernard Botte, sin duda el mejor conocedor de la obra en cuestión, no admite que el texto suprima la equivalencia entre «confesión» y ordenación presbiteral, es preciso relativizar su opinión, considerando la fecha en que se escribió y que le impuso como presupuesto dogmático imprescindible la imposición de las manos. En esta perspectiva, sería admisible, interpretar literalmente el pasaje discutido. En el testimonio de Hipólito, los «confesores», por sus méritos, habrían pasado a hacer parte del presbiterio o habrían sido acogidos al servicio del obispo como diáconos, sin imposición de las manos. Es verdad que eso no significa lo mismo, que hoy, se considera que la función del presbítero en la tradición Apostólica no es presidir sólo una comunidad Eucarística sino participar en el consejo de los obispos y en esta condición presidir con él la Eucaristía. Lo esencial es la primera función mencionada, como se puede concluir de las preces de la ordenación donde se pide que venga sobre el ordenado «el espíritu de gracia y de consejo del presbiterio». De cualquier manera sería un caso de ejercicio del presbiterado sin imposición de las manos. Terminadas las persecuciones desaparece la figura de los «confesores» y evidentemente, no entra más en cuestión la cláusula de Hipólito.

Es a partir de estas observaciones que se puede levantar la hipótesis de tres formas de acceso a la presidencia o por lo menos, co-presidencia de la Eucaristía o tres modelos de «Presbiterado» □ . El local, que por la imposición de las manos agrega a alguien por fuerza, al presbítero del obispo; el itinerante que resulta de un carisma apostólico; El martirio, por medio de el testimonio público de su fe □.

En el primer modelo, el local, el ministro ordenado (en el caso el obispo con su presbiterio) es primeramente ministro de la unidad de la iglesia en el ámbito de gobierno □, no de la liturgia sin embargo, como el culto cristiano es la vida cotidiana sumisa, a la voluntad de Dios, le toca a quien preside la comunidad en su vida de cada día presidir también la celebración Eucarística y las demás celebraciones de la comunidad. El presbítero, que preside una comunidad Eucarística derivaría de ahí, el crecimiento numérico de la iglesia, los miembros del consejo que junto con los obispos presiden la iglesia local y sus Eucaristías pasan a presidir autónomamente en comunión y bajo la autoridad del obispo-comunidades eucarísticas menores de esa misma Iglesia local.

Ya los profetas y tal vez, los doctores itinerantes no dirigen comunidades. Son ministros de la palabra de Dios que exhortan a la conversión permanente y a la renovación de la vida cristiana. Más ésta es también la lógica de su carisma que, animado por la exhortación de la enseñanza y la doctrina de la vida de la comunidad, ellos presiden su celebración Eucarística. Y no es esta la tarea característica y primera de su ministerio, más es congrua con él. Por eso no se deben extrañar de los indicios de que el profeta, en determinadas circunstancias, ya que el revitaliza la fe de la comunidad con su palabra, también presida la celebración de la comunidad a la que animará en la fe, como consecuencia de su actuación propia en el ámbito de la predicación.

Los «confesores» deberán participar también del gobierno de la comunidad en el consejo obispos (presbíteros) o como su auxiliar directo (diacono) □. En la primera hipótesis co-presidirá la comunidad en la Eucaristía y en la segunda presentará a los obispos la obediencia del pueblo: La participación en el gobierno se basa en que, por su testimonio público, se muestre dotado del «Espíritu de gracia y consejo del presbiterio □» o del «Espíritu de gracia o de solicitud» □ que en la ordenación se pidió para el candidato a presbítero, respectivamente diácono; la actuación en la Eucaristía era sólo consecuencia de su puesto en la dirección de la Iglesia local □.

Al final de las persecuciones, la estructuración jurídica más rígida de la Iglesia de la era constantiniana trajo consigo la desaparición de este modelo de «presbiterado» (y «diaconado»). Con la evolución eclesial en la dirección de un solo obispo □ y de la organización jerárquica de los ministerios, se pasó a permitir la presidencia de la Eucaristía sólo a ministros ordenados. Con esto el ministerio litúrgico-eucarístico de los antiguos profetas itinerantes desaparece. Por su parte el ministerio de la palabra pasa a ser asumido por quien tiene el ministerio de la dirección de la comunidad, no se hace más la distinción entre obispo, presbítero y diácono por un lado y profetas y doctores por otro. El ministerio de éstos desaparece como ministerio independiente bajo el impacto de la hegemonía de aquellos □. La posterior evolución en el sentido de la

sacerdotalización del ministerio presidencial lleva a la pérdida de la relación entre ministerio litúrgico y los ministerios de la dirección de la palabra; el Litúrgico-Eucarístico pasa a ocupar el primer lugar en la comprensión del ministerio eclesial.

El presente artículo sugiere que se lleve a consideración, incluso hoy, los tres modelos de «presbiterado» (local, profético-itinerante, martirial) para fundamentar teológicamente una diversificación en el modo de comprender y vivir hoy el ministerio «presbiteral».

La permanencia de los tres modelos de «presbiterado»

El «presbiterado» martirial sobrevivió en el sacerdocio monástico, hoy alcanzado solamente por los méritos y conferido por la imposición de las manos□. De hecho no deja de ser significativo que el monaquismo surja justamente como reacción a una Iglesia acomodada al imperio, donde no existen más mártires. A partir de Martín de Tours, el título de «confesores» pasa a tener una nueva significación: Los que quieran incruentamente la dedicación amorosa a los hermanos y hermanas de manera eminente. Gregorio Magno escribe: «Aunque haya cesado la ocasión de la persecución también la paz tiene su martirio, pues aunque nuestros cuellos de carne no sean sometidos al yugo, en el espíritu traducimos con la espada los deseos carnales»□. No es de extrañar la mística monástica de la profecía religiosa como un martirio incruento. A partir de allí la presidencia de la Eucaristía, en la que se celebró el don supremo del amor de Cristo, su muerte en la cruz, puede ser vista como conveniente al monje. Y a propósito de ello la motivación que en la antigüedad lleva a que los obispos obliguen a eremitas y cenobitas de gran reputación y santidad a recibir la ordenación presbiteral y la seducción a comunidades enteras para que escojan reclusos o eremitas para que sean sus obispos□.

El «presbiterado» itinerante voluntario volvería a tener sentido con el surgimiento del movimiento mendicante en la Edad Media. Sin embargo, entre tanto, ya había ocurrido la consolidación, desde siglos, de la organización jerárquica de la Iglesia. El tipo de ministerio itinerante con la celebración esporádica de la Eucaristía, sin ordenación se vuelve imposible bajo la hegemonía del ministerio ordenado según el modelo del ministerio estable de una comunidad local. La función de presidir en la celebración a la comunidad que se animó por la predicación requiere la ordenación presbiteral. Los religiosos pasaron a ser ordenados y, cuando lo son presiden la celebración de la Eucaristía y los demás sacramentos, en el caso contrario no pueden hacerlo aunque hayan edificado la comunidad con su palabra. Sin embargo, puede ocurrir entonces el peligro de constituir una Iglesia paralela a la Iglesia local. Las iglesias propias de las diversas órdenes religiosas compitiendo en esplendor y frecuencia de los fieles con las iglesias parroquiales, prueban este fenómeno.

En fin, en la realidad en primer lugar viene el presbiterado en sentido propio y estricto, de aquellos que constituyen el consejo de los obispos en una Iglesia

local. La imagen de los monjes y religiosos ordenados «presbíteros» no pasa a ser del consejo del obispo, ni co-presiden con él toda la vida de una Iglesia local y así su Eucaristía, es más para presidir comunidades Eucarísticas específicas, cada vez más autónomas y aleatorias y hasta para simplemente «rezar la misa» sin la presencia del pueblo (la «Winkelmesse» criticada por Lutero).

La tercera forma de «presbiterado» puede ser relacionada con la triple «munus» de Cristo: El martirio monástico, ó «munus» sacerdotal tanto en su vertiente litúrgica, como en la vertiente de constante atención a la presencia u actuación de Dios en la vida de cada día el itinerante religioso o el «munus» profético, de la predicación de la palabra; el local-diocesano, ó el «munus» regio da dirección a la comunidad. Esto es lo análogo primero, el presbiterado en el sentido estricto; el monje o el religioso serán «presbíteros» en un sentido «lato», en cuanto les es permitida la presidencia de la Eucaristía por fuerza de ordenación, todos reciben el sacramento y se vuelven presbíteros, pero en situación anómala al no pertenecer al presbiterado de ningún obispo y por lo tanto no podrá co-presidir una Iglesia local.

A partir de esta reflexión se puede ir fundamentando el «presbiterado» de religiosos a partir de la Palabra (y no de la dirección de la comunidad) y él sería, para la celebración de la Eucaristía, equivalente al ministerio presbiteral del clero diocesano, pero no en su función distinta del mismo. El religioso presbítero puede pues presidir la Eucaristía. Esa posibilidad no se fundamenta, en su pertenencia al presbiterio del obispo local con el cual y bajo el cual preside la vida toda de la comunidad. El «presbiterado» del religioso tiene por base su acción profética e itinerante de animar las comunidades por la predicación de la Palabra, llevándolas a un enfervorizamiento espiritual. Habiendo edificado la comunidad por la predicación le corresponde esporádicamente presidir la Eucaristía que la comunidad celebra y en la cual se torna presente y actuante la Palabra oída, el Verbo de Dios hecho carne, muerto y resucitado para nuestra salvación.

En esta perspectiva el «presbiterado» de los religiosos puede ser pensado en continuidad con el ministerio «extraordinario» de la presidencia Eucarística ejercida por los profetas itinerantes de la Iglesia primitiva, mientras que los presbíteros del clero secular estarían en línea de los ministerios locales ordinarios, de dirección de la comunidad, integrando la tríada jerárquica conocida «desde tiempos antiguos» (LG 28) como obispos, presbíteros y diáconos.

La distinción puede parecer sutil, sin embargo, tiene consecuencias dignas de consideración.

Consecuencias

La primera consecuencia sería que al asumir las parroquias y funciones más o menos estables y directivas en una diócesis (órgano general coordinador de la pastoral y semejantes) no sería apropiado al ministerio propio del religioso

presbítero□. Podría ser una suplencia, dentro de determinadas circunstancias, tan anómalas como la figura de un religioso obispo□.

La consecuencia es grave especialmente en países como el Brasil, donde el clero religioso es casi tan numeroso como el diocesano□, pero tiene la ventaja de clarificar un problema serio en la vida de la Iglesia: la distinción de las vocaciones. Debido, por un lado, al celibato obligatorio del clero secular y, por otro, a las actividades parroquiales de religiosos, muchos jóvenes abrazan la vida religiosa, sin tener verdadera vocación religiosa, si no más bien vocación presbiteral□. Sin embargo, delante de la elección entre el vivir el celibato en la soledad de una parroquia, o al abrigo de una comunidad (por reducida y dispersa - y muchas veces problemática), prefiere la segunda posibilidad. Eso desfigura la vocación religiosa y el ser religioso puede volverse simplemente una exterioridad, tal vez mejor o peor asimilada, conforme al caso.

Llevar en serio la distinción entre presbítero diocesano y presbítero religioso, traería consigo la necesidad de revisar la Ley del celibato obligatorio, vigente en la Iglesia latina□. El suprimirlo sería una ventaja para clarificar tanto la vocación presbiteral como la religiosa.

Se pueden mencionar todavía otras consecuencias con respecto al ejercicio de la celebración Eucarística por parte de los religiosos presbíteros. Muchos de ellos no teniendo diariamente una comunidad cristiana para presidir en la celebración Eucarística «rezan la misa» sólo fuera de cualquier contexto comunitario o de la predicación de la palabra□, se olvidan que de la misma manera como nadie se bautiza a sí mismo, ni se absuelve de su propio pecado, así sea obispo o presbítero, tampoco puede «celebrar solitariamente la Eucaristía, pues esta celebración sacramental, como es más que todas las otras, requiere ser hecha en la comunidad, de donde se sigue la necesidad constante requerida por el derecho hasta el canon 906 del Código de 1983 exclusive, de la participación de por lo menos otros cristianos que respondan 'amen' en el Espíritu Santo»□.

Entre otras consecuencias posibles, cito por último la valoración de la vocación religiosa, en cuanto tal, no en cuanto forma de acceso a la ordenación presbiteral. Esa valoración tendría consecuencias para los institutos masculinos compuestos de presbíteros y hermanos, solucionando de una vez la diferencia de grados entre los dos grupos y favoreciendo la fraternidad. Los «hermanos» no podrían ser considerados los «minus habens» ellos que perciben que para el ejercicio de los ministerios a los que se les dedica, no existe la necesidad de ordenación y no se presentan a ella. La indicación para una función directiva dentro del instituto no estaría condicionada a la ordenación. La caracterización de «ser religioso» sería mucho más nítida en comparación con el ser presbítero. Los institutos se podrían dedicar con más ahínco a sus carismas específicos, libres de las administraciones parroquiales. La creatividad podría adquirir alas ya que no se dispone de «apoyo logístico» en una parroquia para las actividades derivadas del carisma.

La vida religiosa masculina volvería a sus inspiraciones originales de movilidad, audacia y de vanguardia.

Preguntas para ayudar a la lectura individual o al debate en comunidad

¿Cuál es el fundamento más radical de la diferencia entre presbítero diocesano y presbítero religioso y cuáles son las principales consecuencias de esto para la vida religiosa del presbítero?

¿Qué enseña a éste respecto la tradición de la Compañía de Jesús?

¿Cuáles son las principales concepciones teológicas del ministerio ordenado y a qué período de la historia de la Iglesia corresponde cada una de ellas?

¿Cómo se puede entender la cuestión de la permanencia de los tres modelos de «presbiterado» y las consecuencias que se siguen para el religioso presbítero y su actuación en la comunidad eclesial?

EL ROSTRO DEL HERMANO EDUCADOR HOY Optamos por la vida

Alvaro Rodríguez Echeverría, fsc.

Resumen:

Sintese

Es a partir de mi propia experiencia de hermano y sintiéndome hermano entre mis hermanos de todas las congregaciones laicales que quisiera compartir unas ideas sobre nuestra vocación hoy en la Iglesia y en nuestro mundo. Como hermano educador mi reflexión se orienta de manera especial a esta modalidad, no única pero importante, de la vida religiosa laical. El lema que animó el último Capítulo General de los hermanos Maristas fue: optamos por la vida. Pienso que optar por la vida es hacer un acto de fe, ciertamente en Dios, pero también en nosotros y en la validez de nuestra vocación y de nuestros carismas que desbordan hoy el marco de nuestros institutos y se abren a nuevas posibilidades particularmente en relación con los seculares. Debemos creer que si la vida y el incremento de nuestros institutos dependen del misterio y poder de la gracia, no es menos cierto, que gracias al don de la libertad, Dios ha querido poner su destino en nuestras manos.

En realidad se trata de un tema que responde a una doble pregunta ¿Quiénes somos? ¿Quiénes debemos ser? Estamos ante el tema de nuestra propia identidad, tema recurrente desde hace varios años, y no sólo en el ámbito de la vida del hermano o de la vida religiosa, sino también en el ámbito político, cultural y social. La pregunta seguramente nace, entre otras causas, debido al cambio de coordenadas que hoy vivimos y ante las cuales nos debemos situar.

El momento que hoy vivimos es particularmente significativo. Tanto es así que hablamos no solamente de una época de cambios sino de un cambio de época. Esto nos obliga a situarnos de manera nueva en la realidad de hoy si queremos responder con soluciones de hoy a los problemas de hoy. No debemos olvidar que la escuela, en el caso de los hermanos que nos dedicamos a la educación, es una de las instituciones que menos ha cambiado en la historia y que los maestros tendemos psicológicamente a la repetición más que a la innovación.

La crisis de identidad nos toca también a nosotros, igual que a la mayoría de nuestros contemporáneos. En nuestro caso podemos hablar hoy:

del hermano en el contexto de una misión y un carisma que se comparten, que han dejado de ser patrimonio exclusivamente nuestro;
del hermano religioso en el seno de una Iglesia que ha apostado por el laicado y que paradójicamente refuerza lo clerical;
del hermano educador en una escuela que sufre cada vez más presiones en la sociedad moderna en la que se tiende a devaluar la función del docente o donde ésta es cubierta por el Estado;

de nuestras congregaciones de hermanos nacidas para dar cristiana educación a los hijos de los pobres y hoy comprometidas en gran parte en obras dirigidas a la clase media;
del hermano con una misión pastoral y catequética, hoy absorbido por lo profesional y administrativo;
sin olvidarnos del numeroso grupo de hermanos que al llegar a la edad de retiro son arrancados de lo que hasta ese momento constituía la razón de su vida y se preguntan cómo volver a empezar.

El tema de la identidad lo debemos situar en nuestra vida concreta de cada día. No es una entelequia porque la identidad se construye y se vive cada día. Es una realidad dinámica.

Nuestro XLIII Capítulo General celebrado el año pasado señala en el documento sobre la Identidad una causa concreta de las dificultades actuales: Pero, en el clima de incertidumbre y de inseguridad, provocado y alimentado por cambios cada vez más grandes, de los que la mundialización es un ejemplo, persisten cuestiones que afectan a la identidad del hermano. Esto es particularmente cierto allí donde la pérdida de las funciones tradicionales, que en otro tiempo eran exclusivas de los hermanos, les ha privado de lo que ha podido ser sólo una identidad funcional, expresada mejor con el término actuar que con el de ser □.

Creo que a veces confundimos el tema de la identidad con el del papel que hoy estamos llamados a desempeñar a causa de los cambios tan dramáticos que el mundo ha experimentado. Hoy se nos habla de nuevos paradigmas que nos invitan a abrir nuevos caminos, a emprender nuevas búsquedas, a partir de nuevas intuiciones. No podemos encerrarnos en el pasado y vivir de espaldas a las realidades de hoy.

He citado y compartido varias veces con mis hermanos el pensamiento del Hermano Benito Arbués hasta hace pocos meses Superior General de los Hermanos Maristas, en una de sus circulares: Nuestro cometido no es dar continuidad a lo que tenemos actualmente, sino discernirlo y aceptar que algo tiene que morir para que nuevas realidades nazcan... En nuestro servicio de liderazgo tendremos que actuar por intuiciones y no tanto por seguridades □.

Ante las nuevas realidades podemos reaccionar de dos maneras. Ver el momento que hoy vivimos como algo negativo e incierto o vivirlo apasionadamente abriendo caminos de futuro. Creo que ésta es la razón por la que hoy se habla tanto de refundación. El Padre Kolvenbach, Prepósito general de la Compañía de Jesús, al comentar este término afirma: «Este término expresa nuestra conciencia que, para vivir verdaderamente nuestro carisma en la época actual, es necesario un cambio en profundidad, necesitamos algo más radical que una simple adaptación aquí o allá, alguna innovación de circunstancia o una mutación inevitable.»

Sin pretender dar una visión completa de nuestro ser hermano hoy, quisiera reflexionar sobre algunos aspectos de nuestra identidad que me parece son de actualidad y pueden ayudarnos a hacer ese «cambio en profundidad».

Integrar los elementos constitutivos de nuestra vocación

Pienso que la mejor manera de vivir nuestra identidad es integrando armoniosamente los elementos constitutivos de nuestra vocación de hermanos hoy en la Iglesia y para el mundo de los jóvenes particularmente los pobres o de todos aquellos que viven en situación de riesgo. Este equilibrio nos hará evitar por una parte un espiritualismo desencarnado, por otra una comunidad terapéutica centrada únicamente en la satisfacción de necesidades y finalmente, un activismo que nos impide vivir una vida profunda y encontrar a Dios en el corazón de nuestras existencias. Esta síntesis vital yo la expresaría de la siguiente manera: Consagrados a Dios, en comunidad para el servicio educativo y evangelizador de los jóvenes particularmente los pobres.

Consagrados a Dios como hermanos

La consagración a Dios es un elemento esencial de lo que somos. El, la realidad insondable, nos ha elegido con amor gratuito, por pura misericordia, a la desconcertante aventura de ser plenamente suyos. Dios Trinidad de personas, se nos presenta como el Amor que atrae hacia sí todo nuestro ser y exige todo nuestro ser. Estamos involucrados en una aventura de amor, en una especie de enamoramiento, en la seducción de Dios. Es aquí, a partir del amor gratuito de Dios, donde se juega en primer lugar nuestra fidelidad. Pero una fidelidad que no debemos entender en primer lugar como un esfuerzo de nuestra parte, sino como una respuesta de nuestra parte, y a pesar de nuestra debilidad, a la fidelidad de Dios y a su amor gratuito. "La experiencia de este amor gratuito de Dios es hasta tal punto íntima y fuerte que la persona experimenta que debe responder con la entrega incondicional de su vida, consagrando todo, presente y futuro en sus manos"□.

El primero de enero de este año morían en Guatemala dos hermanos en un accidente vial de regreso a su comunidad misionera en medio de los indígenas ketchíes en la zona atlántica del país. Uno de ellos era un joven hermano indígena guatemalteco de 25 años. El día de su entierro contaba su mamá que, cuando alguna vez le preguntó a su hijo por qué había hermanos que dejaban la congregación, siempre respondía que era porque no estaban enamorados. Creo que Adolfo había captado lo esencial de nuestra vocación de hermanos.

En la revista del distrito de Centroamérica se publicaban después algunas cartas de Adolfo que me han emocionado profundamente; en una de ellas, dirigida al Hermano Visitador y a su Consejo para la renovación de sus votos anuales, decía: Les escribo dejando volar mi imaginación auscultando los proyectos de Dios diluidos en todo mi ser. Este proyecto, del que les hablo es el de la libertad. Una libertad que amplía los horizontes y se inspira en el deseo de Dios de liberar a la humanidad por y para el Amor... Y es en esta libertad que he decidido, luego de discernir con el corazón libre, permanecer en el Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, renovando mis votos,

procurando hacer del amor el rostro visible de Dios - mi religión, mi ley y mi fe.

Éste es el fin último de nuestra vida de hermano, buscar ante todo la gloria de Dios, hacer de Dios nuestro Absoluto. Puede ser que ésta sea nuestra mayor laguna. ¿Hasta dónde nuestra vida religiosa es una experiencia de Dios? ¿En un momento en que se da un despertar de la búsqueda de la trascendencia, somos capaces de ofrecer una mística que atraiga? ¿Estamos convencidos que nuestra vida religiosa debe ser ante todo seguimiento de Jesús en su entrega al Padre y a los hermanos y a las hermanas y no tanto búsqueda de una perfección personal que nos haga girar en torno a nuestro propio yo?

Una espiritualidad profunda, y ésta es una de las prioridades señaladas en el sondeo preparatorio al Capítulo, nos debe llevar a vivir a fondo la consagración, o sea, como una experiencia fundante. Experiencia que abarca al hombre entero y que se mide por el cambio radical de sentido que da a la existencia. Es la experiencia de que Dios es el Absoluto y que todo nuestro ser tiene su referencia última a ...l. Es descubrir el «nos hiciste Señor para ti», de San Agustín o el «sólo Dios basta» de Santa Teresa, o «toma Señor... dame tu amor y gracia que eso me basta», de San Ignacio o el «adoro en todo la manera como Dios ha conducido mi vida», de San Juan Bautista de La Salle o la experiencia de abandono vivida por San Marcelino Champagnat y otros santos Fundadores.

En comunidad fraterna

Nuestra entrega personal a Dios, la hacemos en el seno de una comunidad. Nuestro compromiso con Dios está mediatizado por unos hermanos con los cuales también nos comprometemos.

Es que no podemos hablar de fidelidad a Dios si no somos capaces de vivir la fidelidad humana. La consagración no es solamente una alianza con Dios, es también una alianza con los hombres de mi comunidad, de mi provincia, de mi Instituto. Las palabras de Rut, tienen para nosotros un profundo sentido: " A donde tú vayas iré yo; donde tú vivas, viviré yo; tu pueblo es el mío, tu Dios es mi Dios; donde tú mueras, allí moriré y allí me enterrarán. Sólo la muerte podrá separarnos." □.

Nuestra consagración es también con nuestros hermanos. Cuando decimos "Puedes contar conmigo", se lo decimos a Dios, pero también a nuestros hermanos. Lo cierto es que ser hermanos es nuestro secreto, nuestra fuerza, nuestra mayor riqueza. hermanos abiertos a todos, capaces de renunciar a intereses propios en aras del bien común, uniendo fuerzas, realizando proyectos comunes con nuestros asociados, encarnando el carisma en el mundo de los pobres, compañeros espirituales de una juventud, que hoy más que nunca y a pesar de algunas apariencias, busca sentido a sus vidas y tiene sed de Dios.

La comunidad no es un conjunto de individuos que se encuentran reunidos por accidente o casualidad. Es una asociación de personas que tejen entre sí lazos

fraternales, a partir de una idéntica experiencia: la de haber sido "atrapados" por Dios para el servicio de los jóvenes particularmente los pobres. La comunidad es el eje de la consagración y de la misión. La comunidad nos debe permitir hacer la síntesis personal de los elementos constitutivos de nuestra vocación.

Hoy estamos descubriendo de nuevo el valor de nuestra vida comunitaria. Juan Pablo II, en un texto citado por el documento Vida Fraterna en comunidad, llega a afirmar que toda la fecundidad de la misión apostólica depende de la calidad de la vida comunitaria y algunos teólogos de la vida religiosa afirman hoy que, a partir del Nuevo Testamento, el profetismo ha pasado de los individuos a las comunidades. La comunidad de los doce y la comunidad de los Hechos de los Apóstoles son ejemplos de lo anterior.

Podríamos pensar con relación a nuestras congregaciones en el papel desempeñado por los primeros hermanos junto al Fundador. A veces corremos el riesgo de atribuirlo todo a nuestros Fundadores y nos olvidamos de aquellos valerosos hermanos que junto a él y en una asociación a veces heroica hicieron posible el nacimiento de nuestros institutos.

Si en el pasado pensábamos que necesitábamos profetas que nos despertaran del letargo, hoy creemos que lo que necesitamos son comunidades capaces de mostrarnos nuevos caminos para una refundación de nuestra vida, tal como lo afirma Amadeo Cencini: "Igual que no puede engendrar una persona sola, porque sólo la comunidad puede generar vida, también esa vida nueva que es la renovación de la vida religiosa, sólo podrá ser fruto de una acción comunitaria, de una obra de fraternidad que aprenden sin prisa - pero sin pausa - nuevos estilos de vida y de servicio, nuevas dinámicas de relación en la vida comunitaria y apostólica».

Pero al mismo tiempo es importante que la comunidad no se encierre en ella misma, especialmente en un mundo que valora tanto la intimidad. La cultura del intimismo, nos puede llevar a una vida privada que gira en torno al desarrollo de la propia individualidad. La realización personal se pone por encima de las necesidades de un mundo en cambio. Se percibe y se configura la comunidad con el propósito de responder ante todo a las necesidades individuales de los interesados y sólo indirectamente a las necesidades del mundo exterior. Está claro que éste no es el modelo de comunidad evangélica que soñaron para nosotros Fundadores. Nuestra comunidad es cristocéntrica y no egocéntrica. La comunidad tiene como piedra fundamental a Jesucristo: " Ustedes son la casa... cuya piedra angular es Cristo Jesús. En él toda la construcción se ajusta y se alza para ser un templo santo en el Señor» □.

El tema de la asociación con los laicos tiene también repercusiones en el tipo de comunidad que debemos vivir hoy. No debemos reducir nuestra vida comunitaria a las personas con quienes compartimos la misma casa. Vivir hoy la comunidad significa abrirnos, como en círculos concéntricos a partir de nuestra comunidad religiosa, a todas las personas que comparten nuestra misión y se esfuerzan con nosotros para que esta misión se realice. A menudo he aplicado a la asociación que hoy vivimos con los laicos el pensamiento que

St. Exupéry en el Principito aplica a la amistad. Esta no consiste tanto en mirarnos los unos a los otros sino en mirar juntos en la misma dirección. Nuestras comunidades son comunidades apostólicas y nuestra asociación no puede tener otra finalidad.

Sin embargo la comunidad de hermanos debe jugar siempre un papel fundamental. Las relaciones gratuitas, igualitarias, serviciales, solidarias de los miembros de la comunidad y de ésta misma con otros grupos, son el mejor testimonio en un mundo abocado a las relaciones comerciales, discriminatorias, utilitarias, insolidarias. La comunidad de los hermanos debería ser un laboratorio de convivencia justa y fraterna para los otros miembros asociados y para toda la sociedad.

**Para el servicio educativo
y evangelizador de los jóvenes
particularmente los pobres.**

Una lectura actual de nuestro ministerio de educación cristiana nos debe llevar a desarrollar en nosotros tres actitudes básicas.

La primera es conocer la realidad y ser sensibles ante ella. Existen los pobres y son la mayoría. Tres cuartas partes de la humanidad o sea cerca de 4.000 millones de personas. Esta situación lejos de disminuir se ha incrementado durante los últimos 20 años y no parece se pueda revertir por las presiones internacionales que hacen que los gobiernos tengan que emplear políticas de recorte social. Además hoy la pobreza tiene cara de niño: "Una de las situaciones más trágicas por la que la humanidad en su conjunto debe sentir tanto dolor como vergüenza, es que hemos construido un mundo... en el que la mayoría de los pobres son niños/as, y lo que es aún más grave, en el que la mayoría de los niños son pobres" □.

En segundo lugar debemos contemplar a las víctimas con los ojos del Dios de Jesús, el Padre de la vida, y escuchar su clamor. Sabemos que de la mirada de Dios al mundo nace la misión del Hijo de Dios en la historia como misericordia solidaria. El reto que se nos plantea es ser misericordiosos como el Padre es misericordioso. Se trata de una misericordia solidaria que tiene tres características:

Dejarse afectar por los sufrimientos de los demás,
actuar contra los sufrimientos evitables sin temor al propio sufrimiento o a la muerte,
asumir la tarea de encontrar caminos de esperanza.

En tercer lugar seguir a Jesús, significa hacer nuestra su causa, la causa de la vida, la causa del Padre, la causa del pobre. Que el Padre ha tomado partido por los pobres, pequeños, marginados nos lo revela tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento y sobre todo Jesús de Nazaret. Jesús nos revela la clave del juicio: lo que se haya hecho en favor de las víctimas de la historia, con quienes ...l mismo se identifica. Se trata de un amor historiado □.

Nuestra vida espiritual debe privilegiar también al pobre como lugar del encuentro con Dios, como una mediación fundamental. De esta manera:

Se descubre la ascesis compartiendo su vida;
los valores del Reino emergen, valores que impregnan la vida de sencillez, solidaridad, capacidad de compartir, paciencia y una especial sensibilidad por la justicia;
la escucha del pueblo, en un constante discernimiento, como espacio de docilidad al Espíritu, es escucha de Dios;
María, desde su dimensión histórico-humana, como mujer del pueblo, como colaboradora del proyecto salvífico, alimenta nuestra espiritualidad.

A la integración de los elementos constitutivos de nuestra vocación de hermanos quisiera añadir dos características, que de una manera u otra ya han sido señaladas pero que por la importancia que hoy revisten me parece adecuado profundizarlas. Me refiero al hermano como compañero espiritual y al hermano en el contexto de la misión compartida y de la asociación con los laicos.

El hermano «compañero» espiritual

No me decido a hablar de maestro espiritual, porque nuestra riqueza es ser hermanos y me parece que en este sentido el término «compañero» o «acompañante» responde mejor a lo más característico de nuestra vocación y de nuestro estilo pedagógico. Estoy convencido que en la asociación con los laicos y en la misión compartida que hoy estamos viviendo en nuestros institutos, este aporte, aunque no es exclusivamente nuestro, lo debemos dar sobre todo los hermanos. Personalmente pienso que el potenciar hoy esta dimensión puede darnos una nueva mística y un nuevo sentido. Al hablar de la relación entre los laicos y las personas consagradas el documento Vita Consecrata afirma: "Cualquiera que sea la actividad o el ministerio que ejerzan, las personas consagradas recordarán por tanto su deber de ser ante todo guías expertas de vida espiritual, y cultivarán en esta perspectiva «el talento más precioso: el espíritu» □.

Como Hermanos, la persona y el mensaje de Jesús de filiación, fraternidad, amor incondicional, perdón sin límites son la mayor riqueza que podemos dar a los jóvenes. Podíamos hacer nuestras las palabras de Pedro al curar al paralítico: «Plata y oro no tengo, lo que tengo te lo doy: en nombre de Jesús Nazareno, echa andar» □. Debemos «echar a andar» a tantos jóvenes que hoy no encuentran sentido a sus vidas. Sin esto la lucha por un orden social más justo sería insuficiente como lo ha afirmado recientemente el mismo Gustavo Gutiérrez.

Como se ha repetido en los últimos años, la función de nuestra vida religiosa es sobre todo mantener viva la pregunta sobre Dios. Lo que el mundo espera de nosotros es sobre todo que seamos buscadores de Dios, que le ofrezcamos una pista para su propia búsqueda. Guías humildes y sin pretensiones, conscientes de nuestras propias incoherencias, pero capaces de acompañar a

nuestros contemporáneos en su itinerario de fe, asumiendo sus debilidades, sus dudas y su fragilidad.

Una de las nuevas pobreza es precisamente esta falta de sentido que muchos jóvenes experimentan y desgraciadamente de acuerdo con encuestas recientes, muy pocos encuentran adultos capaces de darles una mano. «Las nuevas generaciones -explica el prior de la comunidad monástica de Bose, Enzo Bianchi- muestran apertura a la búsqueda espiritual de calidad, una búsqueda en la que se tiene siempre menos necesidad de religión y siempre más de averiguación del sentido. En los jóvenes encontramos el deseo de oración y de comprensión de aquello que la oración debería ser, pero también poca ayuda y mucha soledad al aprenderla y al practicarla. Es una amarga constatación para quien tiene responsabilidad en la transmisión de la fe a los jóvenes».

Ser «compañero» o «acompañante» espiritual debe ser algo prioritario hoy para nosotros y lo debemos considerar como una nueva llamada a renovarnos en la oración. Esa oración que siempre ha debido hacernos cercanos a los jóvenes, porque los jóvenes y las necesidades del mundo están tan presentes en el corazón del Hermano, que aún en aquellos momentos encaminados a encontrarse cara a cara con Dios, no puede dejar de pensar en los jóvenes y en el mundo. Ser «compañero» espiritual significa ser intercesor ante el Señor. ¡Qué lejos estamos entonces de una misión que nos aleja de Dios, como si lo que damos a Dios se lo quitáramos al hombre!

Me parece que normalmente los alumnos nos perciben sin dificultad como excelentes profesores y personas cercanas; no siempre nos descubren como hombres de oración. Debemos hacer más visible esta dimensión. Pienso que encontramos aquí un estímulo importante para renovar nuestra oración y ofrecerla al mundo como uno de nuestros principales aportes. La oración tiene un sentido contestatario frente a un mundo que mide todo a partir de la utilidad y de los resultados inmediatos; frente a un mundo que ha absolutizado las leyes del mercado. La oración manifiesta, sin palabras pero con fuerza, la presencia del Absoluto de Dios y el absoluto de la persona humana; es un espacio de gratuidad hoy más que nunca necesario.

Hoy la teología regresa al lenguaje narrativo. De hecho la fe cristiana nace de unos acontecimientos salvíficos. Sabemos que por el influjo del logos griego el discurso teológico nacido como una narración terminó siendo una formulación abstracta. Los jóvenes hoy nos invitan a recuperar un lenguaje narrativo, concreto, cercano, experiencial. Si Jesús pudo hacer teología narrativa fue porque hablaba de lo que había visto y oído en la intimidad del Padre. Este debe ser el lenguaje de nuestra oración. Se trata de una oración encarnada. Una oración, que, como la de Jesús, es apertura personal, silenciosa, y profunda a Dios como Padre y al mismo tiempo es descubrimiento de su voluntad salvadora y entrega de la vida por aquellos y aquellas que el Señor nos ha confiado.

Ser «compañero» espiritual, maestro de oración no admite jubilación. ¡Cuántos Hermanos mayores no podrían continuar acompañando con su sabiduría

acumulada, la experiencia vivida y su oración silenciosa a tantos jóvenes en busca de horizontes y de respuestas a sus propias vidas!

El hermano en el contexto de la misión compartida y de la asociación con los laicos

Seguramente todas nuestras congregaciones habrán vivido en los últimos años nuevas experiencias de relación con los laicos y de compartir con ellos la misión y nuestra espiritualidad. Veo este momento como un «kairós» que nos puede relanzar hacia el futuro, un signo de los tiempos; una gracia; una acción del Espíritu; una llamada de Dios; un nuevo capítulo en la historia de nuestros Institutos.

Nuestros carismas nacieron como un movimiento y los hemos hecho una institución. Es un proceso inevitable y necesario. Pero es importante reavivar de vez en cuando el fuego que nos hizo nacer. ¿No estaremos viviendo un momento de nueva frescura carismática con la sangre nueva y la nueva lectura hecha por los laicos? No me resisto a citarles al padre carmelita Bruno Secondín en una entrevista a la revista Vida religiosa de España aparecida en el mes de junio del presente año: «Los laicos no son sólo un auxilio para mantener las obras en situación difícil, son personas llamadas a dar forma nueva a un carisma que quizá estaba envejeciendo. Ellos nos descubren otras dimensiones del carisma, lo reencarnan, hablan de él de otra manera, ven otras dimensiones, lo re-inculturamos» □ .

Por eso:

Hermanos y laicos nos debemos dejar interpelar, permanentemente por las necesidades de los jóvenes y de los pobres. Para esto debemos hacer un esfuerzo de inserción e inculturación en sus mundos, a menudo tan alejados del nuestro.

Hermanos y laicos, nos debemos comprometer más en la llamada que la Iglesia nos hace a una NUEVA EVANGELIZACIÓN, como ministros del Evangelio, que hemos experimentado la llamada de Dios para darlo a conocer a los demás.

Nuestra vocación laical complementaria, adulta y activa la debemos vivir en un modelo de Iglesia Pueblo de Dios, animada por una espiritualidad de comunión. Esto supone una palabra profética, frente a otros modelos más jerárquicos y menos evangélicos.

La misión compartida es una gracia y un movimiento para hoy. Es una llamada de Dios que nos invita a convertirnos y caminar juntos para responder a los desafíos que nos plantea el servicio educativo de los jóvenes, preferentemente los pobres. Para esto nos hemos asociado.

Es fundamental una formación adecuada para desarrollar la naturaleza de la asociación para la Misión compartida. Esta formación siempre tendrá como telón de fondo su finalidad: responder mejor a las necesidades educativas, humanas y espirituales de los jóvenes, especialmente de aquellos que están en dificultad.

Si nos unimos es porque queremos responder al designio divino de salvación universal comprometiéndonos en la construcción del Reino y descubriendo con respeto las semillas del Verbo de Dios y la fuerza de su Espíritu en todas las culturas y en todas las religiones.

Evangelizamos por el testimonio de nuestras vidas. Esto supone una coherencia personal y una comunidad de fe, que haga visible un modelo alternativo de sociedad inspirado en los valores del Evangelio.

Unidos en el mismo Bautismo, vivimos nuestra vocación de manera complementaria y con funciones específicas sobre la base de relaciones de respeto, de conocimiento mutuo, de diálogo, de justicia y de confianza.

Nos sentimos una familia, porque tenemos un padre común. Queremos mantener vivo su espíritu y continuar su misión, por eso participamos en un proyecto educativo, por eso nos tratamos como hermanos y hermanas.

Conclusión

Los desafíos que el mundo presenta hoy a nuestra vocación de hermanos educadores, son inmensos. Nuestros institutos nacieron en la frontera de una deshumanización: un mundo juvenil alejado de la salvación, sin posibilidades de alcanzar ni la realización humana ni la cristiana. Ser fieles a nuestro carisma significa hoy para nosotros responder con creatividad a las nuevas formas de deshumanización, a las nuevas pobrezas, a las llamadas que nos hace el mundo de los excluidos. Una presencia solidaria nos debe estimular a una creatividad fecunda en iniciativas propias y en la colaboración en las iniciativas ajenas.

Debemos ser conscientes de que nuestros institutos tienen como finalidad el servicio educativo de la juventud abandonada, de acuerdo a las situaciones diversas y a las necesidades locales debemos buscar la política adecuada a través de la cual esta opción se haga efectivamente prioritaria en los diversos niveles de la vida de nuestros institutos. En los últimos 40 años hemos hecho un enorme esfuerzo por descubrir y ser fieles a nuestras raíces. Parecido esfuerzo debemos realizar hoy para desarrollar nuestras "antenas" y responder con creatividad a los problemas nuevos que hoy se presentan: emigrantes, droga, jóvenes sin sentido de la vida, jóvenes en búsqueda de un maestro espiritual.

Finalmente pienso que si queremos optar por la vida, será necesario que sin dejar de hacer esfuerzos por la renovación total de todas nuestras comunidades y obras facilitemos, en cada una de nuestras provincias, la

existencia de una o más comunidades y obras que fueran como " islas de creatividad"□, experiencias piloto que puedan ir abriendo caminos de futuro.

Quisiera terminar con un pensamiento de Juan Pablo II a los religiosos y religiosas en Caracas, que expresa muy bien lo que significa ser Hermano hoy: "en la Virgen del Magnificat hay dos fidelidades estupendas... Una fidelidad a Dios y a su proyecto de amor misericordioso y una fidelidad a su pueblo. Sean también fieles a Dios y a su proyecto. Sean fieles a su pueblo"□.

LA VIDA RELIGIOSA MASCULINA Y LA REFUNDACION

Carmen Margarita Fagot,rscj

Resumen: En este artículo se explicitan algunos elementos importantes en el proceso de refundación iniciado por la CLAR llamado el Camino de Emaús y cuestiona la participación de la vida religiosa masculina y su integración en un proceso que si no se camina en conjunto la experiencia del resucitado queda incompleta.

Síntese: Neste artigo se explicitam alguns elementos importantes no processo de refundação iniciado pela CLAR, chamado « Caminho de Emaús» e questiona a participação da vida religiosa masculina e sua integração num processo que, se não se caminha em conjunto, a experiência do resucitado fica incompleta.

El escribir sobre este tema reconozco es un reto, pues también una esta condicionada por el constructo social y a la vez esta en proceso de una mayor toma de conciencia de género. Es por eso que este tema lo que quiero enmarcar dentro del contexto del proceso de refundación que anima la CLAR, »por el camino de Emaús«. La fidelidad creativa o refundación de la vida religiosa es una invitación a hombres y mujeres apasionados por Jesús y por el Reino.

La humanidad entera gime con dolores de parto hasta no ver un cielo nuevo y una tierra nueva

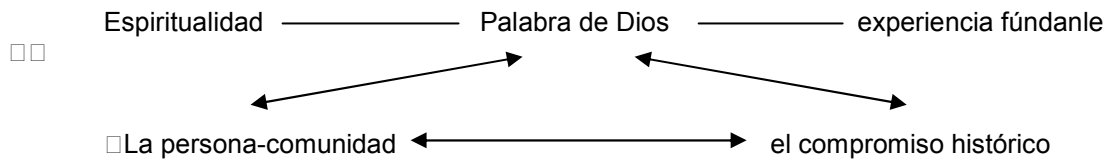
La vida religiosa en su origen surge como el deseo de hombres y mujeres de seguir a Jesucristo porque se sintieron apasionados por Jesús y por el Evangelio. La vida religiosa en las últimas cuatro décadas ha vivido una decidida voluntad de transformación para ser fiel a sus orígenes en respuesta a las llamadas del Espíritu desde la realidad en que vive. El Concilio Vaticano II nos lanzó a compartir desde nuestra experiencia de fe las alegrías y sufrimientos de la humanidad y esto llevó a la vida religiosa a plantearse la posibilidad de responder al mundo actual como miembros de la Iglesia. La vida nos va diciendo que esta transformación de la vida religiosa no ha terminado.

Hoy, nos volvemos a preguntar ¿cómo vivir el Evangelio en respuesta a la realidad que nos toca vivir, cómo encontrar nuestro lugar en la comunidad eclesial, y cuál es la novedad de esa diferencia cristiana que estamos llamados a vivir un pequeño resto dentro de la Iglesia?.

A esta búsqueda le llamamos fidelidad creativa al Espíritu, le llamamos refundación de la vida religiosa, le llamamos renacer de la vida religiosa hoy, le llamamos de muchas maneras. El caso es que se busca «un nuevo estilo de vida religiosa, capaz de ser más significativa en la coyuntura histórica actual»□.

Del por qué estamos en esta búsqueda se ha escrito mucho ya. Sentimos que la vida religiosa experimenta una nueva crisis en este cambio de época. Los religiosos y religiosas nos sentimos confusos y confusas; nuestra identidad está poco clara, reconocemos que hay muchos antivalores que se han hecho parte endémica de la vida religiosa, hemos perdido influencia, poder de convocación, muchos sentimos que nuestra fidelidad a la alianza flaquea ya sea porque nuestro estilo de vida responde al culto de un Dios de poder o porque hemos hecho de los pobres y de los que sufren un objeto en nuestro apostolado. Sin embargo El Espíritu del Señor es fiel y sigue suscitando en nosotros y nosotras el deseo de buscar y encontrarle de manera nueva y exigente. El grito de los pobres sigue siendo ensordecedor y nuestras entrañas se revuelven. Urge un seguimiento de Jesús que sea significativo y por lo tanto señal del amor de Dios a la humanidad.

Cada día en esta búsqueda de una vida religiosa que responda más al hoy nos convencemos que ha de estar fundamentada en tres ejes que se interrelacionan y que no pueden estar separados,



No importa cual sea nuestro punto de partida, pero sí la interrelación de estos tres puntales.

Refundación espacio abierto para vivir nuestra humanidad al estilo de Jesús

Muchos de nosotros vibramos con la espiritualidad, la personal y la de nuestra congregación religiosa. La pasión por Jesús nos lleva a una pregunta básica ¿cómo puede la vida religiosa volver a ser una vida según el evangelio? ¿Cómo hacer de nuestra vida una vida al estilo de Jesús en medio de esta sociedad globalizada y globalizante, de incluidos y excluidos, pluralista y con una tendencia monocultural? Nos preguntamos ¿qué será hoy hacer de nuestra vida una vida humana al estilo de Jesús? Cada vez más vamos asumiendo una espiritualidad que tiene que ver con todos los aspectos de la vida humana, con la trascendencia, con la persona, con la sociedad, con la ecología, con toda criatura.

¿Cómo puedo yo ser humana y humano si no tengo las condiciones mínimas en las que puedo serlo? No solo porque tengo techo, comida, habitación, abrigo, educación sino porque soy hombre y mujer en proceso de crecimiento. Hombre y mujer que han ido integrando las heridas y sombras, las alegrías y dones. Hombre y mujer con una sana afectividad y sexualidad y una relación saludable con el otro o la otra. Hombre y mujer con una conciencia integrada y gozosa de lo femenino y lo masculino en su persona. Hombre y mujer que en su humanidad descubre a Dios como lo más íntimo de su intimidad y en ello se deleita y desde ello se compromete en la transformación hacia una humanidad nueva.

Religiosos y religiosas somos muy conscientes del barro en que fuimos hechos pero a veces el cuidado de esta humanidad se nos escapa. El apostolado, la eficacia, el deseo de trascender ocupa todo nuestro espacio vital y no sabemos preguntarnos como podemos ser humanos al estilo de Jesús. A veces no tenemos tiempo de cuidar nuestra humanidad y si no sabemos cuidar de nosotros mismos ¿cómo vamos a cuidar de la tierra, de los pobres, de los que sufren? ¿Será que aun tenemos esta tarea pendiente?

¿Cómo puede arder el corazón si nuestro espacio vital esta lleno de tantas preocupaciones? ¿Cómo puede el Señor tocar aquello que ni nosotros mismos somos capaces de tocar? Pero Dios entra aun en la oscuridad y llama a su seguimiento radical ahí desde donde nosotros y nosotras no nos atrevemos a llegar. Por lo tanto para entrar en el camino de la refundación tendríamos que abrirnos a entrar en nuestra propia humanidad. ¿Estamos dispuestos y dispuestas?.

La refundación es un proceso personal y comunitario

El camino de Emaús se cree fue recorrido por un hombre y una mujer, Cleofás y Maria su mujer.

Estamos invitando a que este camino sea también recorrido por la vida religiosa masculina y la vida religiosa femenina. La lucha de hombres y mujeres por defender la dignidad de la mujer ha llevado en los últimos años a la reflexión sociológica y teológica a descubrir una dimensión que siempre ha estado presente en nosotros pero que no la habíamos quizás profundizado demasiado. Nos referimos a la dimensión de genero presentes en el hombre y la mujer. En un sentido estricto nos referimos a la presencia de lo diferente en cada uno de nosotros. Esto es la realidad de lo masculino y lo femenino tanto en el hombre como en la mujer. A imagen de Dios los creo, hombre y mujer les creo□.

El proceso de refundación supone apostar por el crecimiento personal y por el dialogo. Vivir es una aventura como lo es el crecer como personas. Cuando hablamos de persona - comunidad nos referimos a la comunidad donde la persona va creciendo en todas las dimensiones de su ser y por lo tanto va creciendo también en su conciencia de género esto es en su conciencia de relación entre lo femenino y masculino en su persona y en su conciencia de cómo esto también influye en la búsqueda comunitaria.

Crecer es también aprender a sanar heridas y a beber de nuestro propio pozo. Para que pueda haber un verdadero proceso de búsqueda conjunta hombres y mujeres -personas - en proceso de crecimiento quienes son los capaces de hacerlo.

El Dios Trinitario es dialogo y misterio de comunicación y transparencia del Padre con el Hijo en el Espíritu. Nadie tiene nada solo como suyo sino que hay un don de sí del uno para el otro. Comparten de esa forma el mismo amor, dialogan en la mutua y más profunda transparencia del Espíritu. Dios quiere ser «dialogo» con los seres humanos y cuando crea al ser humano queda satisfecho porque hay alguien que puede dialogar con ...l y responderle.

Pero el ser humano prefiere prescindir de Dios, se encierra en sí mismo y quiebra la comunicación con Dios, y con el otro, prefiere realizar la vida humana a solas y al hacerlo cae en su propia violencia y muerte. Pero el Dios Trinitario no ha querido dejarnos alejados de su más hondo misterio de amor y revela su palabra, es decir, su amistad y comunicación quiere continuar.

El proceso de refundación es una llamada a entrar en ese dialogo consigo mismo, con Dios. los hermanos y hermanas y con el mundo. El crecimiento personal nos hace más diáfanos en el dialogo, mas abiertos a la amistad y a la comunicación pues nos descubrimos que somos parte de la humanidad donde no hay judío ni griego ni hombre ni mujer sino que todos somos uno en Dios nuestro Señor.

A partir de la experiencia nos vamos preguntando cómo la llamada a la radicalidad en el seguimiento de Jesús puede ser escuchada nuevamente por religiosos y religiosas, hombres y mujeres que una vez dijeron sí al Señor. ¿Se nos hace tan difícil admitirnos a nosotros mismos que el proceso de crecimiento personal nunca acaba y que de dialogar somos capaces todos, pues fuimos hechos para ser hombres y mujeres en comunicación. ?

Un camino de búsqueda requiere diálogo. Diálogo que supone una sana conciencia de nuestra vulnerabilidad y de nuestras posibilidades. Supone perder el miedo a exponernos, a equivocarnos. Cuando tenemos la convicción de que nadie tiene toda la verdad, ni tampoco la ultima palabra, de que posiblemente nuestros principios pueden ser defensa inconsciente de nuestras ideologías podemos abrirnos al otro y acoger su experiencia y sus intuiciones.

En el proyecto de Emaús estamos invitando a compartir de manera desarmada, en comunidad nuestra experiencia de vida seguros de que descubriremos al Señor resucitado al partir el pan.

La refundación apunta hacia un compromiso histórico transformador.

La decisión de los discípulos de Emaús de regresar a Jerusalén brota de un encuentro con Jesús resucitado quien les explica las escrituras y les acogió en su torpeza y en su frustración.

El haberlo encontrado les posibilita volver a Jerusalén a continuar con la tarea que les dejó Jesús: «Hagan ustedes lo mismo. El reino de Dios esta en medio de Uds. Los ciegos ven los sordos oyen. La buena nueva será anunciada a los cautivos, a los oprimidos».

El encuentro con Jesús, con su Palabra con la humanidad sufriente nos lanza como personas y como comunidad a una búsqueda y deseo de vivir en fidelidad creativa al Espíritu y nos lleva a cuestionar nuestro deseo de colaborar en la construcción del reino, y nuestra capacidad de descubrirlo en medio de nosotros y nosotras.

¿Cómo es el Reino por el que queremos apostar nuestra vida hoy? ¿Cuál es la radicalidad a la que nos invita el seguimiento de Jesús a religiosos y religiosas hoy? ¿Cuál es la concepción de ser humano que encierra el proyecto de globalización? Si la radicalidad en el seguimiento de Jesús tiene que ver con el vivir nuestra humanidad al estilo de Jesús ¿cuales serán las repercusiones concretas de esto hoy? ¿Será que el compromiso con la conquista de los derechos humanos es una tarea pendiente de radicalidad evangélica?

¿No habrá un repliegue en nuestras comunidades religiosas con relación a la búsqueda de la justicia, la paz y el cuidado de la creación? Aquellos países donde el conflicto armado es el pan nuestro de cada día nos señalan un horizonte de compromiso histórico ¿Cómo vivir este seguimiento radical desde la unificación personal puede ser una fuerte experiencia espiritual que nos comprometa en la colaboración con la obra transformadora de Dios?

¿Será posible el camino de refundación para la vida religiosa masculina?

La llamada a la refundación es para toda la vida religiosa. Así lo expresa Su Santidad Juan Pablo II cuando llama a la vida religiosa a vivir en fidelidad creativa al Espíritu y al carisma y en su encíclica Nuevo Milenio Ineunte mas recientemente nos invita a remar más adentro. ¿Existirá alguna relación entre una y otra invitación?.

Si eres un joven religioso o una joven religiosa cara al mundo de hoy que significa para ti ser fiel al Espíritu dentro de tu vocación al seguimiento de Jesús. ¿Que significa remar mar adentro de cara al gemido del Espíritu en la humanidad hoy?

Si eres una persona de edad madura o de la tercera edad ¿cual seria tu respuesta? Será cuestión de sexos el abrimos a esta invitación? ¿Será cuestión de edades? Si no es cuestión de sexos o de edades, ¿de qué será cuestión?

Un poco de sensibilidad y de atención a la realidad del mundo de hoy ¿qué nos descubre? Muerte, lucha, dolor, alegría.

Se me invito a que les escribiera mas directamente a ustedes hermanos religiosos sacerdotes y hermanos de las diferentes comunidades religiosas sobre este punto y es por ello que esta pregunta va dirigida a ustedes. Muchos religiosas y religiosos han emprendido este camino.

Para ello pensé que era importante consultar con algunos de ustedes para que lo que escriba no se fundamente solo en mis percepciones sino que tome en cuenta al menos lo que algunos o muchos de ustedes perciben.

El proceso de Emaús como señalaba arriba es un proceso inminentemente de diálogo y búsqueda en común desde una perspectiva personal irrenunciable. Es un proceso que tiene esos tres ejes interrelacionados entre sí que les mencionaba anteriormente. También es un proceso cuyas líneas transversales son las cinco líneas inspiradoras de la CLAR: renovada opción por los pobres, la espiritualidad encarnada e inculturada, la perspectiva de genero, el mundo de los jóvenes y la nueva eclesialidad.

Desde que comenzamos el Camino de Emaús en Pascua, hemos constatado como este proceso responde a las inquietudes de un buen número de religiosos y religiosas. Pero también vamos constatando una realidad que nos cuestiona. La mayoría de los participantes son religiosas.

Un pequeño numero de religiosos varones participa en el proceso, esto nos cuestiona grandemente.

Sabemos que muchas congregaciones religiosas masculinas y femeninas como congregación está en el proceso de búsqueda de transformación, de refundación. de fidelidad creativa al Espíritu. ¿Por que un pequeño numero de religiosos varones participa en el proyecto de

Emaús en la mayoría de las Conferencias nacionales? Es curioso este dato puesto que la mayoría de los escritos sobre refundación de la vida religiosa están escritos por varones.

Al compartir con algunos de ustedes me señalaban algunos por qué de esta realidad que constatamos. Me decían que en la mayoría de los religiosos varones se ha dado un proceso de clericalización en su vida religiosa donde el énfasis mayor está puesto en la consagración sacerdotal, en sus funciones y ministerio más que en la consagración religiosa. Que su consagración como religiosos queda quizás en un segundo plano y en muchos queda desplazada. Para ello también la estructura eclesial contribuye pues el ministerio sacerdotal tiene una centralidad en esta estructura además de las exigencias que el modo como el ministerio es concebido impone. La parroquia es central en la vida de la iglesia y por lo tanto el servicio de sus ministros no solo en la vida sacramental sino administrativa supone mucha energía.

También, decían que la formación para el sacerdocio ocupa la mayor parte del tiempo en el periodo de formación. Esto parece estar ligado a un sentimiento del status que ofrece a los candidatos dejando en una segunda categoría al ministerio laical del hermano religioso. Esto puede tener como repercusión el que muchos religiosos sacerdotes no tienen tiempo disponible para lo que está más ligado a la reflexión y búsqueda de su consagración religiosa. Sin embargo en muchos deja esto una gran insatisfacción.

Esta situación está reforzada por la valoración del quehacer, de la eficacia, la producción y el activismo en el que muchos de nosotros y nosotras caemos. Sin darnos cuenta valoramos más lo que hacemos que lo que somos.

Aunque a muchas no les gusta escuchar este término decían, nuestros hermanos que también se da una realidad cultural. Aun prima el machismo en muchos religiosos varones y quizás existe un sentimiento de superioridad ante la mujer que les dificulta el diálogo con mujeres que quizás tienen menos formación o que ellos creen que están menos capacitadas. Esto dificulta el que pueda haber un diálogo igualitario puesto que también en muchas de nosotras existe la concepción machista que ha dominado donde el que sabe es el varón.

Si hablamos de búsqueda conjunta, intercongregacional suponemos el encuentro entre congregaciones masculinas y femeninas. Algunos expresan que los hombres son más prácticos y les gusta de hablar de cosas concretas y por lo general en los procesos de búsqueda no se llega a lo concreto y a algunos el tipo de encuentro que se realiza les hace sentir que están perdiendo el tiempo. ¿Será que estamos respondiendo a un inconsciente colectivo que nos achica las posibilidades y nos mete en estereotipos que anquilosan un crecimiento?

El reto existe tanto para los hombres como para nosotras las mujeres donde ambos necesitamos irnos liberando de concepciones estrechas de lo que somos como hombres y mujeres. ¿Existirá en algunos de nosotros y nosotras una tendencia más racional y en otros una más emotiva sin que necesariamente corresponda a uno u otro sexo? ¿No estaremos escudándonos en estereotipos para no plantearnos la necesidad de una conversión que intuimos está detrás de este proceso de búsqueda conjunta?. ¿No estará en la línea de ser más humanos hoy al estilo de Jesús el romper con concepciones segregacionistas?

Vamos descubriendo que dadas las estructuras machistas en muchos ámbitos en la sociedad y en la iglesia que las conferencias nacionales se han ido convirtiendo en lugares donde las mujeres vamos teniendo una palabra, vamos participando en procesos importantes de decisión que en otros lugares no tenemos. Quizás sin darnos cuenta se ha ido dando un proceso de empoderamiento donde sin querer vamos imponiendo las reglas de juego.

Si somos la mayoría mujeres las que participamos en las conferencias nacionales los encuentros van teniendo un tono más femenino muchas veces, vamos creando espacios donde compartimos procesos personales pues tenemos una tendencia mayor a valorar los espacios de intimidad y esto muchas veces hace sentir a los hombres incómodos, fuera de lugar pues ese no es su modo de compartir y esto puede resultar amenazante a su modo de compartir. Esto nos invita a entender que el modo de compartir es diferente. Esto también nos

plantea a las mujeres la necesidad de un mayor conocimiento de cómo los hombres están acostumbrados a compartir y a los hombres les plantea un reto, aceptar esta realidad diferente y a la vez dar pasos aunque cueste a entrar en intimidad con las mujeres religiosas. Este planteo nos ayuda a ir entendiendo esta dinámica que se produce en nosotros y nosotras y a admitir el que nos necesitamos unos a otros para recorrer este camino ¿no les parece?

El rostro de Jesús resucitado seguirá incompleto si religiosos y religiosas hombres y mujeres no acogemos el reto del diálogo desde una mayor conciencia de género y desde la perspectiva de género. Si cada uno por su lado dice encontrar al resucitado pero no lo compartimos ¿cuando arderá nuestro corazón al partir el pan?

Les quiere lanzar un reto a los religiosos y religiosas, reto que no lanzo yo sino que la vida misma nos lo impone en un mundo donde las relaciones entre hombre y mujer son de competencia o de dominación, donde se nos va abriendo un camino de mayor plenitud al tomar conciencia de que lo femenino y masculino en cada uno de nosotros y nosotras esta llamado a vivir en comunión. ¿Quienes se atreven a dar el paso o a dar de sí en esa integración.

La humanidad entera gime con dolores de parto hasta completar en nosotros y nosotras la imagen de Cristo Jesús. La búsqueda común, la comunión entre lo masculino y lo femenino, hará vivir mas nuestra humanidad al estilo de Jesús nos hará experimentar al resucitado y a responder hoy como seguidores y seguidoras de Jesús de manera nueva.

VENTANAS ABIERTAS

COMO NOS VEN

CAMINOS DE ESCRITURA

TRES 'LECTURAS' DEL PASAJE DEL CAMINO A EMAUS DESDE EL PAPEL DE FORMADOR Y FORMADORA DE RELIGIOSOS Y RELIGIOSAS

Tomás Kraft, op□

El formador y la formadora, ¿puede legítimamente ocupar en esta historia el lugar de Jesús, es decir, interpretar su papel como una continuación del rol de Jesús en Lc 24? Me parece que sí, hasta cierto punto, ya que todo cristiano, todo bautizado es llamado a ser otro Cristo. Pero para evitar delirios de grandiosidad, hace falta tener el contrapeso de las otras dos interpretaciones ("b" y "c"), en las que el formador o la formadora se reconoce necesitado del ministerio de Jesús hacia su persona.

vv. 13-15:

Nótese que no es un solo discípulo sino dos: hay relaciones de pares entre los formandos y las formandas, que Jesús (y el formador o la formadora) toma en cuenta: mientras caminan están conversando sobre todo lo ocurrido (vv.14-15), discutiendo o indagando (v. 15), repasando todo lo que había sucedido (vv. 14.18-20). Jesús sabrá valorar todo lo que comparten entre sí.

v. 15:

Jesús, acercándose, se puso a caminar con ellos: literalmente "concaminar" con ellos. Esta expresión recuerda el papel del acompañante: gran parte de su trabajo del formador y la formadora (¡y nada fácil a veces!) es ese de hacer camino junto con los formandos y las formandas. Si recordamos que uno de los temas favoritos de Lucas (tanto en el evangelio, como en Hechos) es el camino, que en Hechos llega a ser el nombre de la misma vida cristiana □ no nos sorprenderá que la revelación de Cristo se exprese mediante la figura de la caminata. El formador y la formadora -como Jesús- "se acercan" (v. 15) con discreción al 'mundo', a las preocupaciones, relaciones y amistades de los formandos y formandas, no tanto para corregir o cambiar la dirección de su vida (aunque de hecho ocurrirá algo de esto, y a veces en forma muy dramática), sino para escuchar a fondo, comprender, compartir e iluminar desde las Escrituras, desde la historia de Dios con la humanidad, los acontecimientos aparentemente inconexos, trágicos o simplemente sin sentido, cosas que tienen la capacidad de amargarnos o entristecernos, de decepcionarnos (vv. 19.21).

v. 16:

Este acompañamiento formativo normalmente supone que existe en el otro (de parte de los formandos y las formandas) cierto estado de perplejidad, de desorientación, de no entender la propia vida, el "no reconocer" a Cristo. [La persona que acompaña puede estar igualmente en las tinieblas respecto a la presencia o plan de Dios, pero esto correspondería entonces a nuestra segunda lectura (o tercera), en las que el formador y la formadora se experimenta como necesitado y necesitada de la iluminación.]

El diálogo de Cristo con los discípulos (vv. 17-27) puede ser modelo e inspiración de la entrevista formativa : conversatorio de los dos, buscando ayudar a los formandos a entender, "leer" (y convertir) la propia vida y los acontecimientos de la sociedad de su tiempo a la luz pascual; saber reconocer a Jesús presente, elemento fundamental del camino de la vida religiosa; del encuentro con Dios.

v. 28:

"Jesús hizo ademán de seguir adelante..." Parece que Jesús quiere respetar la libertad de los discípulos, y sólo si "nace" de ellos, entrará para compartir su cena. El formador y la formadora también tienen que esperar que el otro le invite a entrar más profundamente en su vida.

v. 29:

"Quédate con nosotros": es la tarea y 'vocación' de acompañamiento, de detenerse con los otros y las otras; de compartir la vida, el camino, mesa y techo con estos hermanos y hermanas, discípulos y discípulas que son los formandos y las formandas... La hospitalidad ofrecida y aceptada se vive en el mundo de la formación en las comidas cotidianas pero también hasta en una pausa para tomar un café juntos por la tarde, en los encuentros en la cocina a altas horas de la noche, en una salida para "tomar algo en la calle", en las visitas a los familiares o la casa de los hermanos en formación.

vv. 33-35:

En la formación no se trata de crear un pequeño mundo aparte, permanentemente aislado, "protegido", al margen de la realidad de la congregación y de la Iglesia, cual invernadero, sino de caminar, de convertirse, de encender el corazón y abrir los ojos, de cambiar de rumbo... Hay que impulsar a los caminantes a regresar (renovados, con testimonio ardiente de la presencia con el Señor), a ir al encuentro de la Iglesia, donde se descubre que los demás también han tenido su experiencia del Cristo viviente...

Ese contar y recontar la historia de salvación (como ocurre a lo largo de Lc 24, y otra vez en Hechos 10-11) nos sugiere que cada nueva narración de la historia personal, vocacional, o congregacional (como se hace a menudo en casas de formación hoy), no es una simple "repetición"; con cada recuento se va ahondando, sanando, descubriendo las riquezas y la fecundidad apostólica de la obra de Dios en nosotros, y se va tejiendo el tejido de nuestra vida comunitaria...

También la comunidad de formación, sea pequeña o grande, se puede identificar con los dos discípulos en camino a Emaús: Jesús se acerca a esta "familia", con todas sus dinámicas internas, incluyendo las relaciones del mundo de la "formación", e interpela a todos, tanto a los formadores y formadoras como a formandos y formandas. En las casas de formación, todas y todos juntos vamos haciendo un camino común. No son únicamente los formandos que tienen que "caminar" y nosotros acompañarlos; todos estamos "de paso", peregrinando, y muchas veces sin ver claro las metas o sin apreciar adecuadamente el camino ya recorrido. En la relación de formadores y formandos, también uno puede tener los ojos "retenidos" de ver algo, esperando que el Señor mismo nos permita ver, mediante las Escrituras y la vida...

vv. 14-15.18-20:

La búsqueda en común se da también entre formadores y formandos. Durante este último año y medio convulsionado a nivel nacional e internacional (por el desmantelamiento progresivo de la increíble red de corrupción "fujimontesinista" en el Perú y el ambiente de violencia y guerra a nivel internacional), ha sido mi muy grata experiencia compartir la búsqueda de luces y entendimiento con formandas y formandos de otras congregaciones y de mi misma comunidad: ellos me han acompañado, y yo a ellos y todos han buscando sondear tantas noticias abrumantes desde nuestra fe, inteligencia y valores cristianos.

v. 21:

Hay decepciones de expectativas tanto de parte de los formandos como de los formadores respecto a la vida religiosa o respecto a la misma formación, y también asombro, cierta confusión. A veces somos simplemente "lentos para entender" (v. 25)

v. 32:

Una de las experiencias más bellas de la formación es descubrir juntos, formadores y formandos, -como hermanos y co-discípulos, que somos- la obra del Señor. Lo he experimentado, por ejemplo, explorando y dando pasos (tentativos al principio, luego con más seguridad) en el área de la intuición y los dones del Espíritu. Varios de mis hermanos formandos están más dotados (y experimentados) que yo en este campo, pero vamos caminando juntos en una aventura de dejarnos guiar y utilizar por el Señor, de colaborar lo más posible con su obra magna del Reino.

Esto es lo que hace de esta vocación dentro de la vida religiosa un trabajo tan "agraciado", un verdadero privilegio.

Se puede pensar igualmente que los dos discípulos representan a los formadores y las formadoras entre sí (en equipo de formación, en encuentros o algún programa de formadores), es decir, Jesús también se acerca a los que ejercen el acompañamiento de jóvenes en sus propias decepciones, luchas y necesidades, les abre los ojos para reconocerlo, y el camino que hay que recorrer. En los diálogos entre formadores, suelen compartir sus decepciones, desengaños, frustraciones, experiencias oscuras pero también sorpresas y experiencias muy gratas del mundo de la formación... También los formadores y las formadoras, aun cuando nos reunimos en grupo, podemos estar cegados por diferentes factores, y sólo Cristo nos puede salvar de este estado, convirtiendo nuestra mirada para ver como él ve...

v. 21:

También hay decepciones en el camino de los formadores y las formadoras: expectativas frustradas, exigencias no pensadas, hasta amargura cuando las cosas no salen como uno pensaba, esperaba. Incluso la autocomprensión como formador y formadora a veces falla. Y otras veces, la resistencia de los formadores se expresa mediante cierta incredulidad, de no querer creer con facilidad en el cambio profundo de los jóvenes en formación, por el temor de ser "ingenuos" (vv. 21-24).

v. 26□:

Muchas veces no entendemos hasta después de los hechos el por qué de los sufrimientos, pruebas y tragedias en el plan de Dios. No menos que los y las formandas necesitamos la pedagogía divina para ver las cosas correctamente (evangélicamente).

vv. 33-35:

Nosotros y nosotras formadores y formadoras tenemos vocación de "desandar" el propio camino recorrido, de releer críticamente nuestros años de formación y nuestra vivencia de la vida religiosa., y estar dispuestos y dispuestas a "volver", a emprender el camino de nuevo después de habernos instalado cómodamente en lo que parecía un bendito lugar, de renunciar a nuestras decepciones (rencores, exclusiones, dudas paralizantes) y correr de noche, hacer locuras, buscar la comunión que habíamos dejado... Es la llamada a la refundación, que los formadores y las formadoras están especialmente invitados a emprender, pero junto con, no aparte de, sus formandas y formandos.

RUMOR DE DIOS

CANTICO DE LAS CRIATURAS MENORES

Mariano Errasti, ofm□

Loado seas, nuestro Señor, por las criaturas menores
cuya belleza eluden cantar los poetas burgueses.
Nada hay, Señor, tan pequeño que no refleje tu grandeza
ni nada tan deforme que pueda ocultar tu hermosura

Loado seas, nuestro Señor, por las hormigas,
altamente socializadas,
dueñas de almacenes soterrados y de tiendas por departamentos,
inventoras de la fila india,
tan útil en tiempos de hambre y de guerra.

Que te canten, Señor, los grillos,
constructores de túneles y refugios antiaéreos,
concertistas de guitarra en festivales de verano
y poetas apasionados
del esplendor de las praderas.

Te alabamos, Señor, por la araña,
maestra de la paciencia,
reina del silencio,
ingeniera de puentes colgantes,
tapizadora caritativa de los establos
y de las chozas de los pobres.
Lloramos por los mosquitos, Señor,
perseguidos a muerte en los países capitalistas, asesinados
en masa con violentos insecticidas, mártires
-sin nombre ni gloria- de la civilización;
y por las cantáridas,
verdes y brillantes,
machacadas sin piedad y reducidas a polvo
por farmacéuticos sin entrañas.

Que te bendigan, Señor, los hermanos saltamontes,
zanquilargos acróbatas
del alegre circo de los prados; y las luciérnagas,
que alumbran el camino a los niños y mendigos
extraviados en la oscura noche de la vida.

Que te alaben también los caracoles,
lentos cíngaros con sus carpas al hombro,
piadosos peregrinos
que viajan al País de la Utopía.

Que te loen, Señor, los escarabajos,
en medio de la suciedad siempre limpios,
y las cucarachas,
estrafalariamente vestidas de dorado frac
y armadas con antenas
hipersensibles y transistorizadas.

Loado seas, nuestro Señor, por el hermano erizo,
anacoreta de los zarzales, austero penitente
vestido de cilicio;
y por el topo, precursor del subway,
aliado de los mineros
camarada de los zapadores.

Abogamos por la rata, Señor,
tenaz e inteligente,
víctima del prejuicio,
heroína del clandestinaje, condenada
por el hombre y por el gato
al infierno de las cloacas.

Sacamos la cara, también, por los piojos,
las pulgas, los chinches y las garrapatas,
las moscas y los gorgojos, fieles compañeros del hombre irredento
a lo largo de los siglos, de cuyos nombres
hacen asco los hipócritas.

Que te alaben, Señor, las inmóviles larvas,
y las orugas, mansas e introvertidas.

Que te sirvan los microbios invisibles,
los bacilos, las amebas,
los virus, las bacterias, los estafilococos y estreptococos,
mensajeros de la Hermana Muerte.

Loados seas, nuestro Señor,
por todas tus criaturas menores,
que saltan, vuelan y cantan,
trabajan, sufren y mueren
en el circo de la vida
bajo la luz del Gran Hermano Sol.

DIMENSION RELIGIOSA DE LA CORPORALIDAD

Ayda Orobio, mml.

La Conferencia Episcopal de América Latina en Santo Domingo (1.992) produce el primer documento que presenta la urgencia de elaborar una Pastoral diversificada que reconozca y potencie los valores del pueblo afroamericano□, es que la Iglesia católica también está aportando su granito de arena para superar la «invisibilidad» que por 350 años mantuvo a este pueblo olvidado y desconocido a pesar de sus muchos aportes a la construcción de las identidades nacionales, latinoamericana y caribeña.

Introducción

Entre estos valores, con el siguiente artículo, queremos resaltar la integralidad con que el pueblo negro ha vivido la relación con el cuerpo. Muchas veces se ha tomado solo como folklore el ritmo y la expresión corporal de la negra y del negro, su capacidad para los diferentes deportes casi como contraposición a una supuesta falta de reflexión y de capacidad intelectual; pero la realidad nos está demostrando que no es así, que las negras y negros tenemos capacidad para desempeñarnos en cualquier campo, cuando tenemos oportunidades apropiadas de formación y de convivencia.

Vivir en una cultura de pueblo negro, marca nuestra vida de tal forma que no podemos divorciar los sentimientos, los pensamientos y la comunicación de los gestos, la mímica y el ritmo. La vida y la muerte, la alegría y el dolor, la amistad, la fraternidad, la rebeldía y también los sentimientos agresivos, los que nos hacen daño como el rencor y la venganza se dibujan espontáneamente no solo en nuestros ojos sino en todo nuestro cuerpo.

Este valor es un gran aporte para la cultura occidental que por tanto tiempo despreció el cuerpo, considerándolo algo ruin y despreciable, la cárcel del alma y lo tiranizó de tantas formas, que llegó a extremos enfermizos y esquizofrénicos. En la historia de la vida religiosa se reflejaron muchos de estos dualismos. Aquí tenemos una misión las religiosas y religiosos negros de hoy, aportar desde nuestro ser alegría y ritmo a la vida religiosa que quiere ser respuesta novedosa para la cultura actual.

1. El concepto de cuerpo

« La primera verdadera experiencia figurativa del hombre es el reconocimiento de su propia imagen en el espejo, que es la ficción más cercana a la realidad»

M. Pistoletto

El concepto de cuerpo es una construcción en la cual confluyen la fisiología, la cultura, la memoria, la religión y el poder. Ese acto de presencia en el mundo es determinante: Tenemos conciencia del espacio porque ocupamos un espacio; constantemente evidenciamos que estamos condicionados por un cuerpo que percibe en el tiempo y a partir de contenidos que proyecta de sí mismo de su autorreconocimiento, de su afirmación o negación de sus procesos y de sus limitaciones.

Su papel privilegiado en la constitución de la idea de realidad es tan evidente que no hay sociedad, ideología, o religión que no plantee una particular ética hacia el cuerpo que refleje lo más elevado de sus valores.

La cultura de origen occidental mira con gran desconfianza al cuerpo, porque es heredera de una concepción religiosa que separó radicalmente cuerpo y alma y de una ciencia que «manipula las cosas y renuncia a habitarlas». El cuerpo aparece como un compañero con el que no sabemos dialogar se asemeja a un campo de batalla que evidencia un estado constante de fuga de realidad.

2. El cuerpo desde lo religioso

El dualismo entre cuerpo y alma que marcó la cultura occidental procede del dualismo helénico, suavizada la nota peyorativa con que la filosofía griega había marcado al cuerpo considerándolo como cárcel del alma.

a. Concepto de cuerpo en la Sagrada Escritura

El pensamiento bíblico de contactos helenísticos comparte la misma noción como se advierte en el libro de la sabiduría producto del judaísmo alejandrino. Es bien expresiva aquella frase que resume filosofía griega «el cuerpo corruptible abrumba el alma y la morada terrestre pone plomo al espíritu que medita muchas cosas» □.

En cambio, en el pensamiento bíblico semítico no hay palabra que designe exactamente nuestra noción de cuerpo, la que más se le acerca es *basar*, que significa toda la materia orgánica dotada de vida. No coincide con nuestra noción actual de cuerpo, pues supone, además del elemento corporal del hombre su información vital. La antítesis griega entre cuerpo y alma es extraña al hebreo. En la mentalidad helénica el alma encarcelada en el cuerpo suspira por la liberación del compañero malo, el cuerpo no es esencial para la persona, es algo que el hombre posee como puede poseer un vehículo más o menos deficiente. La concepción hebrea de la persona, al contrario no puede prescindir del cuerpo. El hombre no tiene un cuerpo: es un cuerpo. Una prueba está en que el pensamiento semítico no sabía concebir la felicidad ultraterrena al estilo griego, el alma separada prescindiendo del cuerpo, sino que tiene que recurrir a la resurrección por ser el cuerpo indispensable □.

En los Evangelios de Mateo, Marcos y en Juan encontramos el concepto de cuerpo pero refiriéndose al cuerpo muerto, el cadáver □. Se exceptúa en Mateo 6,25ss, donde el cuerpo puede significar, como en Pablo toda la persona: «¿No vale más la vida que el alimento y el cuerpo que el vestido?» San Lucas al contrario lo emplea en la acepción ordinaria de cierta oposición al alma □.

En San Pablo al estilo semítico la palabra *carne* parece designar frecuentemente a todo el hombre o a toda la persona. En muchos textos el cuerpo se puede sustituir fácilmente por el prenombre personal o está de hecho ya sustituido por el mismo Pablo cuando emplea el paralelismo semítico, «¿No saben que sus cuerpos son miembros de Cristo?» □.

Pablo por sus posibles contactos con la filosofía griega, identifica muchas veces a cuerpo con *carne* presentando la oposición entre *carne* y Dios que es espíritu y así viene *carne* a designar alejamiento de Dios, debilidad y fragilidad frente a Dios, que es la fuerza y el poder.

Se comprende que estar alejado de Dios ha de ser terreno propicio para el pecado tomando así la palabra *carne* un sentido peyorativo moral, que tiene un papel importante en la Teología de San Pablo. En algunos textos del Antiguo Testamento encontramos este sentido peyorativo en frases como «tienes tú ojos de carne o miras tú como miran los hombres?» □ Job se queja del proceder de Dios al que juzga humano y muy humano; es como si dijera «si Dios tuviera ojos de carne sería explicable este proceder». *Carne* representa el cuerpo, al hombre en contraste con Dios al hombre en su debilidad y mortalidad.

En el Nuevo Testamento en general la palabra *basar* designa generalmente a todo el hombre: «el verbo se hizo carne» es equivalente a «el Verbo se hizo hombre» □. En el sermón Eucarístico también *carne* en algún texto designa simplemente a todo Jesucristo.

Jesucristo es el pan de vida y el pan de vida es la carne de Jesucristo□. Mateo 19,5 es una citación del Génesis en 2,24: «y serán dos que forman una sola carne», es decir tal es la unión de los dos cónyuges que formarán como una persona. En Mateo 26, 41 «el espíritu está pronto pero la carne es flaca» se contraponen al estilo semítico el espíritu y la carne en cuanto que la carne como tal implica la idea peyorativa de debilidad y espíritu en cambio la idea de fuerza. La contraposición no es de orden metafísico sino moral por la relación que la carne puede tener con el pecado..

Cuando San Pablo dice «quien me liberará de este cuerpo que me lleva a la muerte»□ se refiere a la experiencia común de todos los que tratan de obtener la salvación apoyándose en sus propias fuerzas. Es la historia humana sin Cristo y con Cristo; pero también puede ser la experiencia de muchos hombres, Cristianos o no cristianos situados ante cualquier tipo de ley: divina, eclesiástica o civil.

La designación de la Iglesia como cuerpo de Cristo es exclusiva de San Pablo, esta expresión la usa en las grandes epístolas, en Rm 12,5, y en 1 Cor 12,12 pero se enriquece en las epístolas de la cautividad, en relación con otra metáfora Cabeza de la Iglesia. Con estos términos el Apóstol de los gentiles quiere representar la concordia que debe reinar entre los cristianos, con la concordia que reina entre los miembros del cuerpo.

b. Valoración del cuerpo en el Cantar de los Cantores:

El Cantar de los Cantares es el libro de la revelación que valora más claramente el amor humano, el cuerpo humano, la igualdad de la mujer y del hombre, por eso ha sufrido, a través de los tiempos muchas interpretaciones espiritualistas que tratan de definirlo solo como alegoría y símbolo del amor de Yahveh a su pueblo, pero muchos otros autores ubicando el libro en el contexto de los Sapienciales, y desde una interpretación antropológica y literal, reconocen la valoración de la experiencia humana, pues siendo la mujer y el hombre imagen de Dios, toda experiencia de humanidad es cercanía y gratitud del Creador.

El autor José Cárdenas Pallares nos invita a ubicar al Cantar de los Cantares como un regreso al paraíso en donde los humanos sin tapujo alguno y sin cinismo hablaban y contemplaban sus cuerpos desnudos. A la valoración y aceptación de Eva que hace Adán: «Esta vez sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne...»□.

Desde esta nueva perspectiva, cuando se van superando los «tabúes» contra el cuerpo, se comprende y valora la resistencia de la mujer y del hombre afrodescendiente que prefirió sufrir rechazos, y los calificativos de «indecente», «vulgar», «erótico» ... a renunciar a la única riqueza que no pudieron arrancarle: su propio cuerpo.

En el Cantar de los Cantares, nos encontramos pues, con un mensaje profundamente novedoso y apropiado para el Dios de Jesucristo, que todo lo ha hecho bien, y que es definido como «amor». En lo que se refiere a nuestro tema el Cantar de los cantares nos ayuda a recuperar:

La valoración del cuerpo, de todo el cuerpo
La igualdad entre mujeres y hombres
Celebrar la belleza, no como estereotipo de un solo grupo humano, sino de toda la humanidad.

El Cantar de los Cantares es una glorificación del amor humano y del cuerpo humano, del amor y del cuerpo se habla con naturalidad y sin malicia, la mujer, la amada, la novia expresa su admiración ante la belleza del cuerpo masculino□, por su parte el hombre responde exaltando la belleza femenina□ y mutuamente se comparan con lo más selecto de la creación. No hay partes del cuerpo indecentes, o menos poéticas, hablan de los ojos y los rizos del cabello lo mismo que de los senos y la lengua, la curva de las caderas y los pies, es un reconocimiento mutuo.

La mujer y el hombre, con toda su realidad corporal, son imagen y semejanza de Dios. La relación de pareja, el amor mutuo es una relación que humaniza, tiene valor en sí misma en cuanto posibilita la realización de cada uno; por eso el celibato, propio de la vida religiosa, no puede partir de un rechazo o desconocimiento de este valor y derecho de toda persona, sino de la opción libre por seguir el estilo de vida de Cristo, buscando la realización personal en ...I, en la vida fraterna y el servicio a los hermanos.

En el Cantar de los Cantares, es la mujer que toma la iniciativa, reivindica el derecho de la palabra y expresa sus sentimientos con libertad, en contravía de una cultura, donde es el hombre que tiene el derecho de hablar de conquistar□, de seducir a la mujer y de la cultura globalizante actual que busca imponer un tipo de belleza, con patrones culturales etnocentristas. La mujer del Cantar de los Cantares, es la mujer libre por el amor que experimente y se define a sí misma « negra y hermosa»□ y describe el cabello del amado con rizos como racimos de palmeras «negros como cuervo»□.

Podemos decir que a la oposición entre feminismo y machismo el Cantar de los Cantares presenta la igualdad verdadera, la que tiene su base en el amor, en el mutuo respeto y reconocimiento, cuando mujer y hombre tienen la palabra y el propio cuerpo para expresarse y complementarse y no para destruirse, no se trata de un amor libre, sino del libre amor.; en la fidelidad de los esposos y la realización personal.

c. Aportes actuales

Juan Arias un conocido periodista internacional escribe sobre «Un Dios para el 2.000», y desde su experiencia como conocedor de las tendencias del hombre y la mujer de hoy, afirma que el final del siglo marca el éxito de Dios, un Dios amigo de los seres humanos, liberador de todos los miedos, servidor de sus criaturas, enamorado de cada ser, capaz de compasión y de aceptación de todos, muy diferente al Dios justiciero y vengador que han presentado tantas religiones, e incluso la Iglesia Católica, antes del concilio Vaticano II:

« El hombre del 2.000 va a ser cada vez más reacio a admitir el Dios árido de los dogmas, de cualquier religión, mientras pueda que se sienta inclinado a escuchar la voz de ese Dios que todos llevamos dentro y al que cada uno en su intimidad, lo bautiza con el nombre que más le gusta» □

El desafío es grande para la Iglesia y para la vida religiosa, en concreto, o experimentamos a Dios en nosotros y nosotras mismas, en nuestro propio cuerpo o presentamos un Evangelio que carece de novedad para el hombre de hoy; llevamos a la oración y a la vida todo nuestro ser o nos quedamos solas y solos viviendo la nostalgia del dualismo que hablaba de la perfección de las almas.

En este sentido es magistral el aporte de Leonardo Boff, cuando en una entrevista le preguntan si él ve a Dios, responde: « Me parece que uno ve con los ojos interiores. Quizá no veamos pero sentimos a Dios, por ejemplo, cuando una persona siente entusiasmo al levantarse por la mañana, cuando tiene la capacidad de tender al otro la mano.... Dios no es un objeto, no es una identidad, es una suprema pasión, lo que los griegos decían de un modo genial, ... entusiasmo, que significa precisamente tener un Dios dentro. Por eso todo entusiasmo es la esencia de la vida, ya que la esencia de la vida no es la vida, es la vitalidad de la vida, es la energía que consigue que la vida viva. Por consiguiente creo que esa es la realidad que lo penetra todo y que no se deja captar, sin la que no entendemos nuestra fuerza, nuestra esperanza, nuestro sueño. Yo creo que Dios es eso... es esa presencia secreta, sutil de esa pasión de ese fuego interior que llamamos Dios» □

3. Violencia contra el cuerpo

La historia también es asunto de los cuerpos, hay cuerpos impregnados de historia y hay historias destructoras del cuerpo.

En la historia de nuestro continente la destrucción del cuerpo es un largo trance de inusitada crueldad: La conquista y la colonia marcaron con sutiles estilos de torturas y de genocidio el nacer de nuevos pueblos, los pueblos indígenas y negros acusados de canibalismo fueron víctima del genocidio y la destrucción en nombre de la civilización y del cristianismo; los africanos traídos como esclavos a las Américas, valorados precisamente por su fuerza física y por la capacidad de resistir trabajos pesados a la intemperie del clima tropical, fueron sometidos por el látigo, los grillos y los azotes, los cimarrones que huían buscando la libertad, si eran capturados sufrían la mutilación de sus miembros para escarmiento de los demás (algunos castigos consistían en cortar la lengua, las manos o los pies).

Para sobrevivir a tanta crueldad y humillación la mítica africana se recreó proponiendo la resurrección en la tierra de origen, entre los antepasados, pero hasta este ámbito de la cosmovisión llegó la crueldad y desde entonces los cimarrones y los jefes de los palenques al ser capturados eran decapitados, porque de esta manera «no podrían resucitar en ¡frica» . En Colombia, concretamente hay épocas en que esta violencia contra los cuerpos se ha recrudecido: la guerra de los mil días, la época de las caucherías, la violencia de los años cincuenta, actualmente el narcotráfico y los desplazamientos.

En la época de la violencia de los cincuenta, el espectáculo de la tortura, destrucción y despresamiento del cuerpo presentaba múltiples modalidades, como si no fuera suficiente acabar con la vida sino aniquilar física y simbólicamente el cuerpo; descripciones de estas torturas se encuentran también en las historias de muchos mártires y santos; es el desprecio más aberrante al propio cuerpo y al de los otros.

Hoy parece que las imágenes trágicas que muestran cuerpos destrozados y ensangrentados son las más comerciales, por eso hay periódicos, revistas, películas y programas televisivos que compiten en mostrar el ángulo más dramático de cada escena.

Los pueblos negros, indígenas y campesinos vuelven a ser hoy víctimas del enfrentamiento de los actores de violencia, para obligarlos a abandonar las tierras estratégicas de Urabá, del Pacífico,... se repiten los asesinatos masivos, el despresamiento y como elemento nuevo la prohibición de enterrar a los muertos so pena de sufrir la misma suerte. Doble sufrimiento para el pueblo negro que en todo su ritual mortuario, en la forma de enterrar a sus muertos cifra las bases de su identidad.

De pronto estamos cosechando el desprecio del cuerpo y los tabúes que dominaron la educación, la religión y la información. El desafío actual será por lo tanto la educación en la armonía, que tiene su fundamento en la armonía personal entre cada persona humana y su propio cuerpo, amarlo, protegerlo, cuidarlo para poder llegar a amar, proteger y cuidar al otro.

En la vida religiosa vivimos el trance entre prácticas de desprecio del cuerpo donde se ponía la perfección en la capacidad de dominarlo con cilicios, mortificaciones, penitencias, y las enseñanzas del Vaticano II que nos invita a valorar y honrar a nuestro propio cuerpo: «No debe, por tanto, despreciar la vida corporal, sino que, por el contrario, debe tener por bueno y honrar a su propio cuerpo como criatura de Dios...».

El vestido, el hábito religioso, que se trató de sublimar relacionándolo con el manto de María o de los santos, tenían una connotación de violencia contra el cuerpo; sobre todo de la mujer religiosa, se buscaba la uniformidad, despreciando, ocultando las formas físicas del cuerpo femenino.

Para no seguir la ley del péndulo que fácilmente nos hace pasar de un extremo al otro, es preciso trabajar en la formación inicial y permanente la armonía y el equilibrio pues la sociedad de consumo está empeñada en aprovechar el momento de supervaloración del cuerpo para vender productos de belleza, presentándolos como necesidades urgentes para la salud. Los gimnasios y las cirugías estéticas se presentan como la nueva forma de valorar el cuerpo cuando en realidad están promoviendo un concepto etnocentrista de belleza femenina y masculina, la propaganda necesita cuerpos sanos, atléticos, solemnes,

jóvenes de pose teatral y de mujeres con medidas que se ajusten a patrones preestablecidos para poder vender jabones, cremas, bebidas, carros, ropa y todo lo que sea susceptible de compraventa; así estamos en nombre de la libertad y de la valoración del cuerpo cayendo en la esclavitud de la belleza y la juventud programada que se debe conseguir a toda costa, como valor supremo, olvidando los valores de la solidaridad y el compromiso.

4. Pueblo negro una cultura negra

En Colombia, elaborando las pautas que luego se convirtieron en la Ley 70 de 1993 todas las Organizaciones de comunidades negras existentes debían presentar sus propuestas. Por eso el Comité Ejecutivo de la Asociación Campesina del San Juan ñ ACADESAN - realizaba recorridos continuos por el río San Juan y sus afluentes, el duro trabajo y el cansancio de los viajes se veía recompensado por la acogida de cada vereda, pues sus habitantes se disputaban el honor de recibirnos y atendernos en sus casas.

Como religiosa consideraba este compartir como el mejor noviciado para conocer mi propia cultura y el porqué de tantas manifestaciones externas diferentes a la cultura occidental. Una de tantas noches, recorriendo el río Calima, nos alojaron en la casa de Don Pedro. Como la sala era grande acomodaron allí con petates y toldillos a los 8 hombres que conformaban el grupo y a las 3 mujeres nos llevaron al cuarto de Doña Josefa la dueña de casa. A las dos de la mañana me despertó el rumor de conversaciones y personas que entraban y salían del cuarto, y la luz de la lámpara de petróleo me permitió entender que se trataba de un parto, pronto los de la sala también se enteraron; Don Pedro empezó a repartir aguardiente y prendió su tocadiscos con los Vallenatos de moda.

Yo intenté levantarme para ver en qué podía ayudar, pero una de las parteras me dijo: «hermanita quédese tranquila, duerma si puede porque mañana les espera un día duro de aquí para arriba con ese río tan seco, y nosotras ya estamos acostumbradas a este corrinche». Agradecí la sugerencia pero insistí si tanto ruido no le hacía mal a la Señora en su trabajo de parto. La misma Doña Josefa me respondió, «ya estoy acostumbrada, ese hombre es tan feliz cuando nacen los hijos que la música y el trago no pueden faltar, no se vaya a asustar porque apenas lllore el niño salen ha hacer unos disparos para que todo el pueblo sepa que estamos celebrando un nuevo nacimiento». Y así fue, la música, la bebida y los disparos atrajeron a casi todos los vecinos que llegaban a buscar «el meaíto» del recién nacido y Don Pedro, reflejando la satisfacción en su rostro les pasaba un buen trago de biche□ de la botella curada□.

Que diferencia entre este ambiente que recibe al recién nacido al silencio y al misterio que predomina en hospitales y en otros pueblos, experiencias como estas me ayudaron a entender porqué podemos dormir, estudiar, pensar y orar aunque haya ruidos, superando los mitos del silencio□; porqué aprendemos a bailar antes que a caminar, porqué las celebraciones no son fechas estrictas de calendario, porque lo que se celebra es la vida en todas sus manifestaciones.

El pueblo negro supo mantener la armonía con su propio cuerpo a pesar del rechazo y la incomprensión de los sectores dominantes, supo llevar su cuerpo a las relaciones con el otro, a las relaciones con la naturaleza - recuerdo los paisajes costeros de niños corriendo desnudos bajo la lluvia, chapoteando en los chorros que forma la canal del agua de cada casa - y a las relaciones con Dios.

Esta herencia de la madre ífrica está viva y permanece como la raíz desde donde brotan nuevas expresiones, es el caso de los jóvenes que se identifican con ritmos antiguos y expresiones modernas para manifestar la hermandad entre ífrica, Norteamérica y América Latina con el regué, el rap, etc.

5. Alabando al Señor con danzas y tambores

Para hacer referencia a la forma como el pueblo afrodescendiente conservó las expresiones del propio cuerpo en las relaciones con Dios, basta recordar la forma como en Esmeraldas y Ecuador y en el Pacífico colombiano se realizan hasta el día de hoy las balsas o balsadas en honor de la Virgen, de los Santos o del Niño Dios, consiste en unir varias canoas para formar una plataforma segura, que pueda subir o bajar por el río, llevando la imagen del santo muy adornada con arcos y flores, los músicos, las cantoras y los bogas. Al ritmo de la música y de los cantos el cuerpo se contorsiona, se agitan banderas y pañuelos, saludando y contagiando fervor y alegría a las personas que se han quedado en la orilla.

En fiestas patronales y en navidad se organizan balsas desde diferentes veredas para llegar al atardecer al centro parroquial. Quienes hemos vivido esta experiencia sabemos que Dios está presente allí, en la emoción y la alegría, en el ritmo de los tambores, en la mística de las cantoras, en la convicción profunda que el encuentro de los hermanos, el reflejo de las luces en el río, la luna y las estrellas son un templo muy propio para alabar y bendecir a Dios por medio de la Virgen y en los Santos.

Igual que las balsas, los alumbrados, las posadas, los chigualos son espacios que el afro católico de los sectores de mar, de los ríos, y en los espacios rurales supo mantener apropiándose las enseñanzas recibidas de los doctrineros y misioneros, pero agregándole el sentido propio de la valoración del cuerpo, por medio del baile, el canto, los tambores, la comida y bebida comunitaria; estas manifestaciones religiosas fueron por mucho tiempo clandestinas, hasta que algunos Agentes de Pastoral las empezaron a valorar, con las orientaciones del Vaticano II y de Puebla:

« La cultura es una actividad creadora del hombre, con la que responde a la vocación de Dios, que le pide perfeccionar toda la creación (Gen) y en ella sus propias capacidades y cualidades espirituales y corporales» .

El cuerpo es tan importante en las expresiones religiosas del pueblo afroamericano y caribeño, que todos los momentos de celebraciones especiales deben ir acompañados de vestidos especiales y estrenos - de colores vivos, sombreros, pañoletas y alhajas finas o de fantasía, según las condiciones económicas.

Con motivo de los 500 años de invasión a las Américas, Radio Enriquillo de República Dominicana, realizó una serie denominada « Tras las huellas de los cimarrones» donde al referirse a la creatividad con que las negras y negros de los manieles, conservaron expresiones de las religiones de la madre África y asumieron las imágenes y algunas enseñanzas de los misioneros:

« Bailar es tan sagrado como rezar, tocar el tambor es tan sagrado como rezar, , compartir con el hermano es sagrado y se debe practicar dentro y fuera del templo. El engaño y la hipocresía no son posibles, enamorarse y divertirse es sagrado, siempre en respeto con el hermano» .

Cuando los esclavizadores invitaban a la misa en honor de San Carlos Borromeo, los africanos y sus descendientes recordaban a Papa Candelo, y en las procesiones y rosarios en honor a Santa Ana celebraban la divinidad femenina Ana Isa, diosa de la alegría, del baile, de la fiesta, algunos misioneros permitían tocar los tambores en las procesiones, siendo la oportunidad de transmitir mensajes de apoyo y hermandad a los cimarrones y a los manieles. De esta forma en las celebraciones religiosas se conservó el sentido integrador que unifica toda la vida para alabar y bendecir a la divinidad, celebrar a Dios es afianzar la hermandad, el compartir, el trabajo, la comida, es la celebración de la victoria y sobre todo una manera de resistir ante la esclavitud.

En el sector urbano, el afrodescendiente se ha ido adaptando a la nueva realidad, conservando algunos elementos, sobre todo del ritual mortuario de adultos y niños que le permiten conservar la identidad, en el Brasil, en Cuba y Haití es fuerte la presencia de religiones afroamericanas que resaltan valores ancestrales, y en las Iglesias

Cristianas también se ha empezado a dar importancia a las manifestaciones propias del pueblo negro.

La vivencia del pueblo afrodescendiente de alabar a Dios con todo el cuerpo se relaciona con la tradición del pueblo de Israel, el pueblo de la promesa: « alábenlo ñ al Señor ñ con danzas y tambores, alábenlo con liras y flautas»□. Y de modo admirable con la alegría del rey David y del pueblo al traer el Arca de la Alianza a Jerusalén: « David danzaba ante el Señor frenéticamente, llevaba puesto un efod de lino. Así David y todo Israel trajeron el Arca del Señor entre gritos de júbilo y al son de trompetas»□.

Aquí nos encontramos ante un desafío del proceso de inculturación del Evangelio, y del Ecumenismo, pues en el campo católico solo se han dado intentos aislados de incluir en la liturgia tambores y danzas, pero faltan trabajos serios de investigación que permitan llegar al corazón de la espiritualidad y la cultura del pueblo negro que se acerca con todo su ser al Dios de la vida para alabarlo y bendecirlo.

Conclusión

Con todo lo anterior, conscientes de no agotar el tema, se puede concluir que nuestras relaciones con Dios, con los demás y con la naturaleza nos exigen la superación del dualismo entre alma y cuerpo; que cada persona es integrada porque somos un todo, si amamos, si honramos a Dios, si sufrimos, si no somos coherentes, si obramos bien o mal es toda nuestra persona.

El pueblo negro entre sus valores nos presenta en forma concreta esta integralidad, pues a pesar de las marginaciones sufridas, y de los rechazos culturales que ha vivido siempre ha tenido una relación de armonía con el propio cuerpo, en las regiones rurales donde ha tenido un espacio propio y un ambiente natural adecuado ha recreado la forma de celebrar la vida en todas sus manifestaciones desde el nacimiento hasta la muerte, los cantos llamados arrullos para el chigualo o entierro de niños, y los alabaos para el entierro de adultos y momentos litúrgicos solemnes, como la Semana Santa son entonados por los cantores y cantoras, y el pueblo repite los versos y los gestos que le dan vida a estos cantos y los convierten en puente de unidad entre el ser humano y el Trascendente.

En las ciudades se han recreado otras formas de solidaridad, y los jóvenes con influencias de los negros norteamericanos, y africanos incursionan en el rap, reguee, etc. Así toda la vida del pueblo negro está marcada por la alegría del compartir y el ritmo, elementos que le permiten sobrevivir como cultura y como pueblo en un mundo adverso y excluyente.

No hay necesidad de recurrir a hechos extraordinarios y llamativos, como religiosas y religiosos Afro en la vida cotidiana podemos enriquecer a los demás valorando nuestro cuerpo y el del otro: Acordémonos de la infancia cuando una caricia de mamá curaba el dolor de cabeza y ensayemos a practicarlo con nuestros hermanos y hermanas de comunidad y con el pueblo que acompañamos, enfermo de tantas cosas pero sobre todo, enfermo de falta de amor, enfermo de falta de caricias.

Démosle vida y cuerpo a las celebraciones comunitarias y litúrgicas, aportemos sin exclusivismos alegría, sonrisas, caricias, ritmo, tan propios de nuestro pueblo. En la Eucaristía cuando damos la paz, recordemos que estamos en América Latina, no en el Japón ni en los pueblos donde dar la mano puede ser mala educación, demos la mano de verdad, con un apretón que se sienta vida, o con un abrazo fraterno, como embajadores del Dios de la vida.

DOCUMENTOS

PALABRAS DE APERTURA DE LA XXXIV JUNTA DIRECTIVA

«Vengan subamos al cerro de Yahvé,
a la casa del Dios de Jacob,
para que nos enseñe sus caminos
y caminemos por sus sendas...

El Señor gobernará a las naciones
y enderezará a la humanidad.
Harán arados de sus espadas
y sacarán hoces de sus lanzas.

Una nación no se levantara contra otra,
y no se adiestrarán para la guerra.

¡Pueblo mío, ven,
caminemos a la luz de Yahvé! (Is.2, 3_5)

La palabra de Isaías del primer domingo de Adviento iluminará esta semana de nuestra Junta Directiva. Habla de caminos, los que el Señor nos enseña para que caminemos por ellos. Y precisamente en estos días vamos a compartir sobre ese camino que hemos emprendido juntos como vida religiosa en América Latina y el Caribe y lo que el Señor nos va enseñando en él. Nos habla de docilidad al espíritu porque el que se deja enseñar ha de ser humilde y abierto al Espíritu y es precisamente lo que estamos intentando animar: la atención y docilidad al Espíritu.

Esta palabra de Isaías abriga nuestra esperanza que es la de millones de hombres y mujeres en estos momentos: la PAZ en el mundo, el deseo de que las naciones cambien sus espadas y lanzas en trabajo, y en capacidad de defender la vida y cosechar los frutos de la vida. Esta palabra nos sitúa en un marco de la situación de violencia de nuestros países pero también en un marco más amplio que el de América Latina y el Caribe.

Esta época de Adviento en la mayoría de nuestros países se vive de manera festiva como la de la que aguarda un nacimiento. Esta experiencia de Emaús está siendo para todos y todas una experiencia de adviento al estilo de nuestros pueblos porque va alimentando la espera de una nueva vida religiosa desde la espera y experiencia de encuentro con Jesús resucitado en medio del camino.

Hoy celebramos también la fiesta de san Francisco Xavier, hombre apasionado por Jesús y por el Reino, cuya pasión por el Señor lo llevó a lejanas tierras y cuya pasión por el Reino lo llevó a intentar hacerse uno del pueblo respetando su cultura y adentrándose en ella. Me parece que esta fiesta también nos sirve de telón de fondo en el deseo que tenemos de vivir y animar una vida religiosa más inculturada y encarnada. Va en el espíritu de ser hombres y mujeres apasionados y apasionadas por Jesús y por el Reino.

Agradecemos a la Conferencia de las Antillas y a los hermanos y hermanas de Trinidad su acogida. Les damos la bienvenida a todos y a todas y los invitamos a que vivamos estos días en espíritu de visitación. Seguros de que queremos abrirnos a la sorpresa de Dios en cada uno y en cada una y descubrir su presencia en el hermano y la hermana.

Desde que nos encontramos en marzo hemos vivido momentos trascendentales en la historia de la humanidad. Hermanos y hermanas nuestros han dando la vida por el Reino en Jamaica, Colombia, México. Las Torres Gemelas y el ataque al Pentágono de Estados Unidos de Norteamérica ha puesto al descubierto la fragilidad del poder de una nación que parece dictar la suerte del mundo y han segado la vida de miles. Este hecho ha despertado también conciencia de las atrocidades que se han cometido en la humanidad y en especial en nuestros

países y el silencio que durante décadas ha acompañado la violencia institucionalizada. Estamos experimentando un cambio inimaginable y siendo testigos de la ironía de los intereses económicos que a la vez que destruyen dicen reconstruir un país. Somos testigos de una situación dantesca y a la vez de gran esperanza porque miles de hombres y mujeres, adultos y jóvenes protestan contra la venganza y el abuso de poder y además de protestar contra el terrorismo.

Como cristianos y cristianas intentamos vivir desde la fe tantos acontecimientos y nos preguntamos cómo nos habla el Señor en este tiempo. ¿Cómo nos situamos como vida religiosa en este cambio de época? Pareciera que estamos en espera de un signo. Cuando el pueblo espera un signo es el tiempo propicio de los profetas. La espera del signo envuelve el profeta y al pueblo en una exigente continuidad que llamaríamos fidelidad. Para leer el signo hay que aprender a no quitar la mirada de la historia, de la realidad cotidiana más sencilla y de la realidad más amplia, hay que aprender a permanecer. Permanecer es lo que permite ver. Dice el Señor a Jeremías ¿qué estas viendo?□. Hay que estar para ver lo que no se puede ver en un día. La visión que permite reconocer tiene un tiempo muy largo y lento que se juega en el permanecer y en el quedarse; no quitar la mirada de la realidad, no caminar distraídos□.

Para conocer los signos el pueblo tiene que conocer el lenguaje de la vida y el lenguaje de Dios hasta sentir la misericordia, gustar el maná, hasta reconocer la presencia amiga.

Durante estos días queremos invitarles a compartir la experiencia de nuestras conferencias en descubrir la experiencia amiga de Jesús y también a que miremos juntos la propuesta para la segunda etapa de Emaús: los desafíos del contexto latinoamericano y caribeño.

Como veremos mañana sentimos que esta etapa de lectura de la realidad tendríamos que hacerla desde la lectura de los signos de los tiempos como así una vez nos invitara el Concilio Vaticano II hace muchos años pero una lectura nueva hoy en un contexto totalmente nuevo. Desde esta expresión «signos de los tiempos», que reflejaba un modo de ser iglesia en la historia y su quehacer teológico correspondiente, se cultivó un sueño dentro de nuestras comunidades eclesiales y religiosas que nos ayudó a redescubrirnos y a reubicarnos en la historia. La historia se vuelve el lugar privilegiado y el Pueblo en el sujeto principal no solo de la caminata, sino de la búsqueda. La fe se convierte en luz que ilumina el camino y nos ayuda a descubrir los signos de los tiempos.

Seguros y seguras de que el Señor se manifiesta a través de los signos de los tiempos damos por comenzada nuestra XXXIV Junta Directiva.

Carmen Margarita Fagot rscj
Presidenta de la CLAR

MENSAJE FINAL

XXXIV JUNTA DIRECTIVA DE LA CLAR

Trinidad Tobago, 3-7 de diciembre del 2001

PARA TODOS LOS HERMANOS Y HERMANAS DE AMERICA LATINA Y EL CARIBE:

La Junta Directiva de la CLAR reunida en Trinidad Tobago fue acogida con afecto por los hermanos y hermanas de la Conferencia de Religiosos y Religiosas de las Antillas (CRA). Su presidenta Hna. Carolee Chanona, rsm dio la bienvenida y resaltó la fe y la alegría de estos pueblos, su hospitalidad, solidaridad, la unidad en la variedad de sus culturas, junto con su música, danza y sentido de la fiesta.

Estas islas caribeñas, paraíso del turismo para los ricos del mundo, viven sin embargo, las heridas de la pobreza, emigración, miseria, explotación e incertidumbre, efecto de políticas socioeconómicas injustas e inhumanas.

La complejidad de las islas, con pueblos, lenguas y culturas diferentes, nos remite al texto del documento de Santo Domingo: « América Latina y el Caribe configuran un continente multiétnico y pluricultural. En él conviven en general pueblos aborígenes, afroamericanos, mestizos y descendientes de europeos y asiáticos, cada cual con su propia cultura que los sitúa en su respectiva identidad social...»□.

El primer objetivo de este encuentro fue recoger las experiencias de lo vivido hasta ahora en las Conferencias Nacionales y por la Presidencia de la CLAR en relación al CAMINO DE EMAUS. La Hna. Carmen Margarita Fagot, rscj, presidenta de la CLAR nos había invitado, al iniciar este proceso de reflexión: « Dejémonos sorprender por el Espíritu». Y así fue, porque en este recorrido experimentamos un proceso dinamizador, que va ayudando a hacer praxis la refundación de la vida religiosa. Hubo tiempo para detener la marcha y escuchar lo que el Resucitado nos ha ido hablando en el camino y lo hemos reconocido en el clamor de nuestros pueblos en creciente pobreza y con nuevos rostros de exclusión.

Queremos seguir haciendo este CAMINO DE EMAUS como un proceso de sensibilización, que nos permita entrar en una segunda etapa. Somos conscientes que este itinerario requiere tiempo, pues no es una tarea a cumplir sino un camino a recorrer, abiertos a la novedad que el Espíritu quiere suscitar entre nosotros y nosotras.

Se trata ahora de mirar con ojos nuevos la realidad, es decir los grandes signos del presente con sus interpelaciones y retos. El Señor quiere seguir haciendo también en esta historia algo nuevo.

Hemos reconocido a Jesús en el partir del pan y queremos volver a la Jerusalén del Siglo XXI a anunciar el gozo de que el Señor ha resucitado y vive en medio de nosotros y nosotras.

Desde una memoria agradecida y en fidelidad creativa, nos preguntamos: ¿Qué más nos está pidiendo el Señor a la Vida religiosa de América Latina y el Caribe? ¿Cómo aprovechar mejor nuestra influencia social para la paz y la justicia? ¿Cómo estar más presentes en los distintos ámbitos de la cultura y la sociedad, allí donde se gestan los valores y es necesaria la presencia urgente del Evangelio?

Retomaremos con nuevo impulso las cinco líneas inspiradoras de la CLAR : la renovada opción por los pobres; una espiritualidad encarnada, inculturada y liberadora; la mujer y lo femenino; los jóvenes y la nueva eclesialidad, lugares desde donde poder mirar los signos de los tiempos y ofrecer una respuesta audaz y profética.

En otro momento del encuentro la Hna. María Flores, map y el P. Emigdio Cuesta,svd nos participaron del proyecto AFRO CLAR . Después de una reseña histórica , nos invitaron a cada conferencia a dar pasos significativos hacia el reconocimiento de la presencia afro en nuestros países y comunidades y a emprender una reflexión que nos permita valorar y respetar la identidad propia de estos pueblos. Es para todos y todas un desafío acoger, animar y acompañar este proyecto, que nace pequeño, al estilo de Jesús de Nazareth pero esta llamado a ofrecer frutos de una Vida religiosa embellecida por el aporte de todas las culturas.

También fuimos desafiados y desafiadas por el proyecto de la Pastoral del Niño, que nos fue presentado por la Hna. María Eugenia de la Arena, rscj. Este proyecto intenta hacer frente al flagelo de la desnutrición infantil y el hambre en el mundo, desde una metodología integradora y con un acción educativa que abarca familias y comunidades. Resonó en nuestros corazones la frase de Jesús «he venido para que tengan vida y vida en abundancia»□ y nos sentimos urgidos a comprometernos en la construcción de la cultura de la Vida.

La visita del Señor Nuncio apostólico, Monseñor Emil Paul Tscherrig nos animó a vivir el espíritu misionero de la Iglesia; el Señor Arzobispo de Trinidad, Edward Joseph Gilbert nos

compartió su experiencia pastoral y saludó con afecto a la vida religiosa; el mensaje del Padre Eusebio Hernández, oar, secretario de la CIVCSVA nos invitó a vivir la espiritualidad eucarística en el Camino de Emaús.

En estos momentos de violencia, de guerra , de incertidumbre, Isaías, el profeta del Adviento nos motiva a ser constructores de la paz y nos promete: «Harán de sus espadas arados, de sus lanzas podaderas, no alzará la espada nación contra nación ni se prepararán más para la guerra...». Tenemos la certeza de que ni el terrorismo ni la guerra son los caminos para resolver los conflictos de la humanidad.

Les deseamos una feliz Navidad, y junto al pesebre de Belén con María y José renovaremos el seguimiento de Jesús en la esperanza de que Dios sigue haciendo nuevas todas las cosas, también en estos tiempos.

VARIOS

ECOS DEL CAMINO DE EMAUS

RESUMEN DEL INFORME DE LAS CONFERENCIAS NACIONALES EN LA JUNTA DIRECTIVA

I. EN GENERAL:

- El Camino de Emaús ha sido dinamizador.
- Ha permitido un proceso con distintos ritmos.
- Ha sido un elemento «transversal» que ayuda a la praxis evangélica.

Una cuestión de términos:

«Concilio»: para algunas la cancelación del término «concilio» fue desmovilizador, y retrasó el proceso. Para otras, sin dejar de ser conflictivo, resultó providencial ya que nos centró en el plenamente evangélico. Y al conectar tan claramente con lo evangélico, se vuelve evidente. Lo evidente no necesita ser defendido ni justificado. Todos y todas nos rendimos ante la evidencia.

En continuidad:

En continuidad con el proyecto Palabra-Vida en cuanto pretende ayudar, desde la Palabra, a la animación de la Vida religiosa. Pero también en ruptura por lo que no pudo ser y era un bien. Percibo que subsiste una herida, una nostalgia y un miedo.

En continuidad con las cinco líneas inspiradoras de la Clar, que subyacen a las fichas pero que también requieren de nosotros y nosotras una continua atención para no dejarlas de tener a la vista y en el corazón.

Dos caminos:

Un camino de Emaús pero que también requiere un camino de Visitación. Se trata de dejarnos visitar por Dios y por los otros hermanos y las otras hermanas. Hasta compartimos un nuevo término «visiteo» para expresar esa perspectiva.

II. EL COMO:

Nuevo abordaje:

Intento de abordar este Camino de Emaús desde una perspectiva distinta, que nos permita salir del racionalismo. Dedicación a preparar un logotipo, canciones, afiches, .. Procurando proponer la tarea desde una perspectiva que tiene algo de fiesta, «que la vida religiosa sea bella ...» como dijo recién Maurice.

Material:

- Positivo. Ayudó a cada Conferencia para animar a los hermanos y hermanas; a las congregaciones tanto como a las pequeñas comunidades.
- Se ve la necesidad de sistematizar las experiencias pero se advierte la dificultad en la recopilación del material y en poner por escrito lo trabajado.

Inicio:

Algunas conferencias comenzaron el proceso con un evento especial. Otras prefirieron introducirlo en medio del camino ordinario y cotidiano. En todos los casos hay convicción de que se trata de ayudar a un proceso y no de cumplir tareas simplemente.

Tres vías:

- A través de los superiores y las superiores mayores para llegar a las familias religiosas;
- A través de las filiales o regionales;
- Por etapa de vida o servicio en la vida religiosa: Tercera edad, formadores y formadoras, animadores y animadoras de comunidad, jóvenes....

Comisión dinamizadora:

Resulta un gran aporte para facilitar el proceso. Se ha constituido a veces con provinciales, con hermanos y hermanas de las juntas nacionales; con gente convencida del «Camino» como en Perú que le pidieron a Guido Zegarra y a Irene Díaz; y también por teólogos y teólogas.

Y aquí hay una pregunta que surgió y que creo que hay que tener muy en cuenta y es ¿Quiénes son los teólogos y las teólogas? ¿Son los que estudian teología o más bien son los que viven la experiencia de Dios en su vida como pueblo?

Otros agentes:

Laicos y laicas: Tanto en los equipos de animación como trabajando las fichas.

Jóvenes: ellos y ellas tienen que poder releer las fichas y recrearlas según lo que son y según su propia experiencia.

Ministros: Algún sacerdote diocesano, un pastor protestante, algún grupo de seminaristas.

Otros consagrados y consagradas: Miembros de institutos seculares, religiosas de clausura.

Obispos: Vicarios episcopales (México); Conferencia Episcopal (en Chile presentación del proyecto); todos los obispos (en Cuba ellos son los que hicieron el envío del Camino)

III. LOGROS Y DIFICULTADES:

Logros:

Hay una gran motivación. Se logró este objetivo.

Hemos creado conciencia de «caminar juntos y juntas».

La intercongregacionalidad, se insistió muchísimo en esto.

«Ayuda para nuestra vida comunitaria», «se descubre la comunidad como lugar profético», «Camino de conversión».

Lleva a un profetismo que es muy importante para vencer el individualismo que siempre nos amenaza como Vida religiosa.

Ha motivado a las familias religiosas a emprender la «Refundación».

«Hemos detenido la marcha para escuchar».

«Nos ha llevado a lo esencial, a volver al primer amor»

«Hemos podido narrar la propia experiencia»; «se trata de compartir las experiencias de vida».

Dificultades:

La mayor dificultad tiene que ver con el cómo de la REFUNDACIÓN.

Y esto en dos niveles que han salido con mucha fuerza.

¿Cómo LA REFUNDACIÓN? Desde la mirada hacia el interno de la Vida religiosa?

¿Cómo LA REFUNDACIÓN? Desde una mirada hacia la realidad que nos interpela?

En el primer sentido, hacia lo interno de la Vida religiosa, se marcaron:

- Desniveles: algunos hermanos y hermanas encerradas en el capillismo o el pasado, otros y otras.
- Agobiados por el peso de las estructuras.
- Activismo, miedo al cambio, resistencia,...
- Poca participación en el proceso de las comunidades masculinas.

- Algo que tiene que ver con las sombras, malos entendidos, amenazas, temor a ciertas
- Agresiones dentro de la misma Iglesia.

En el segundo sentido, hacia la realidad que nos interpela, la pregunta que golpea fuerte a la asamblea fue la del hermano de Colombia que preguntaba: ¿Cómo la refundación «en un país en guerra»?

Esta pregunta Colombia la formula así pero cada conferencia en cada país se la debe hacer agregándole la realidad de su propio entorno, y así ¿cómo la refundación en un contexto del mundo indígena, afrocaribeño, en un contexto de género, en un continente de empobrecidos y excluidos, en este cambio de época?

Y de las dos preguntas, creo que hay que detenerse mucho más en la segunda que en la primera. La primera tiene el riesgo, si nos detenemos demasiado en ella, de encerrarnos en nosotros y nosotras mismas. En cambio, la mirada a la realidad siempre nos va a hacer salir de nuestros encierros, nos va a lanzar a la frontera, al desierto, a la periferia; nos va a hacer recuperar esa dimensión misionera que es constitutiva de la Iglesia y de la cual nos habló hoy también el Señor Nuncio.

IV. PISTAS PARA SEGUIR:

Se ha marcado con mucho énfasis el tema del tiempo, poco tiempo, que etapa sigue, pensar los tiempos de otra manera,

El tema del tiempo es nuclear pero no en cuanto al modo de organización de las cosas, eso es complementario. Lo que está detrás de la preocupación por el tiempo es algo muy importante y que tiene que ver con el objeto por el cual nos empeñamos en el Camino de Emaús: de lo que se trata con el Camino de Emaús es de provocar una disposición espiritual, de hacer una experiencia espiritual, dejar que el Espíritu penetre en nuestra Vida religiosa y la transforme, y por eso los tiempos humanos siempre nos quedan desacompañados, los tiempos y los modos de Dios son distintos.

De todos modos hay que procurar que haya libertad para el Camino en cada Conferencia, que podamos asimilar el proceso que vivimos y atender a los distintos ritmos, de manera de articularlos para poder seguir avanzando.

La otra pista es insistir en que sean todos los convocados y todas las convocadas, pero por otra parte, reconocer que no siempre vamos a poder caminar con todos y todas porque además de que Dios nos invita a transitar por Emaús siempre está el misterio de la libertad humana.

INFORMACIONES

XXXIV JUNTA DIRECTIVA

El 3 de diciembre de 2001 se inicia en Arima - Trinidad la XXXIV Junta Directiva de la Confederación Latinoamericana de Religiosos, en la que tuvo presente la presidencia de la CLAR junto con los presidentes o representantes de diez y nueve de las veintidos Conferencias Nacionales y teólogos asesores de la presidencia. Como invitados asistieron dos representantes del equipo afrodescendiente de la CLAR, una representante de la Pastoral del niño y una hermana del Gobierno General de la Congregación de las Hermanas de la Divina Providencia.

La XXXIV Junta Directiva cumplió con los siguientes objetivos propuestos:

Recoger las experiencias de lo vivido hasta ahora en las Conferencias Nacionales y por la Presidencia en relación al Camino de Emaús. Compartir, logros y dificultades en este camino.

Explicar y profundizar sobre la temática de la segunda etapa: desafíos del contexto latinoamericano y caribeño.

Elección del Vicepresidente hermano

Compartir y conocer la realidad de la Conferencia de Religiosos y Religiosas de las Antillas.

Dialogar sobre algunos asuntos importantes.

Se hicieron presentes en la Junta el Excmo Señor Nuncio Apostólico de su Santidad Monseñor Emil Paul Tscherrig y el Arzobispo de Puerto España, Monseñor Edward Gilbert, CSsR, quienes en su oportunidad se dirigieron a la Junta deseando que los frutos de la misma redunden para el bien de la vida religiosa Latinoamérica y Caribeña.

El Hermano Pedro Herreros, fms, vicepresidente de la CLAR ha sido elegido consejero general en el capítulo general de su Congregación, por lo cual esta Junta de acuerdo con los Estatutos eligió al Hermano Alfonso Fernández, fms, Superior Provincial en México.

El día 7 de diciembre con la celebración de la Eucaristía, se da por terminada la Junta con la certeza del deber cumplido y la esperanza de que el Camino de Emaús que hemos emprendido siga en su pleno vigor y ayude a la vida religiosa Latinoamericana y Caribeña a vislumbrar los signos de los tiempos que nos lleven a ser verdaderos signos en este momento de la historia.

□ La categoría quiriarcial es ya parte de las interpretaciones en teología. Cfr: Mary E. HUNT, Las hermanas de Sofía en lucha: violenta reacción quiriarcial, visión feminista, en Concilium 288, Noviembre 2000, pp.27-39. Este número de la revista, está dedicado a las espiritualidades feministas en lucha.

□ Gen 1,31

□ Cfr. I. MADERA, L teoría de los Actos de Habla, en Franciscanum, Universidad de San Buenaventura, Bogotá, Septiembre-Diciembre de 1984. En este artículo presento las teorías de la performatividad y la autoimplicación de J.R. Searle, J.L. Austin y D. Evans. Austin, estudió el sentido performativo de los relatos de creación.

□ Gen 1,26-27

□ Gen 1,26

□ Cfr. F. ZORREL, S.J., Lexicon Hebraicum et Aramaicum Veteris Testamenti, p.760. P. ROSSANO, G. RAVASI, A GIRLANDA, Nuevo Diccionario de Teología Bíblica, p.555-556

□ Cfr. G.KITTEL, G. FRIEDRICH, Grande lessico del Nuovo Testamento, Paideia, Brescia, 1975, p.853. Señala el sentido de la Ruaj como la fuerza operante de Dios.

«vuestros sumos sacerdotes» (13,3[SChr 248, 190-191]). Estos textos retratan una época muy antigua. En un texto del redactor que busca actualizar para el final del siglo I, se dice que los obispos y diáconos también hacen el papel (tËn leitourgian) de profetas y doctores y como tales deben ser honrados: Cf. Didaché 15, 1-2 (SChr 248, 192-195), indicio de que entonces los ministerios ya se iban estabilizando y los itinerantes se tornaban raros.

□ Cf. Bernard COOKE: Ministry to Word and Sacraments. History and Theology. Philadelphia: Fortress Press, 1977 (2a impresión), 531-532.

□ Cf. Raymond BROW: Sacerdote e bispo. Rflexies bíblicas. S.,o Paulo: Loyola, 1987, 44-47.

□ Cf. Hipólito DE ROMA: Traditio apostólica 4. SChr 11 bis, 46-47.

□ Cf. ID.: ib., 9 SChr 11 bis, 64-65.

□ Cf. Cyrille VOGEL: Ordinations inconsistentes et caractÈre inadmissible. Torino: Bottega d'Erasmus, 1978, citado por James F. PUGLISI: The Process of Admisión to Ordained Ministry. A Comparative Study. Vol I: epistemological principles and Roman Catholic Rites. Collegeville, Minesota: The Liturgical Press, 1996, 933s, n. 1942 Raymond E BROWN: El Evangelio según Juan XIII-XXI. Madrid: Cristiandad, 1979, 1337, explicando Jo 20,22, se refiere a la posibilidad de estar en este versículo el origen y la práctica de la ordenación por insuflación, conocido en la Iglesia Copta. (Egito e Etiopía), citado a propósito en un artículo de Lofthy LEVONIAN, em The Expositor, 8TM série, 22 realiza de este modo» . Infelizmente no fue posible tener acceso al arttículo citado.

□ Cf. Hipólito DE ROMA: Traditio apostólica 4 SChr 11 bis, 46-47.

□ Cf. ID.: ib. 7. SChr 11bis 58-59.

□ Entre comillas porque presbiterado en sentido propio no se reduce sólo a la presidencia de la Eucaristía como se acostumbra pensar vulgarmente, en consonancia con la teología medieval del sacerdocio; a pesar de presidir la Eucaristía, no por eso los «profetas» de la Didaché son llamados de presbíteros.

□ Esta hipótesis parece más correcta que la propuesta por Anne E. CARR: Transforming Grace. Christiam Tyradiction and Womenís Experience. San Francisco: Harper Row Publishers, 1990,26. Ella considera como evidencia, sin mayor explicación, que a partir de las Escrituras Escritas, se puedes establecer tres modelos de sacerdote (o presidente de la Eucaristía) : « El modelo jerárquico (los apóstoles y los obispos o presbíteros), el carismático- profético (profetas y tal vez doctores) y el comunitario (líderes naturales o escogidos por la comunidad para presidir en ausencia de los apóstoles)»

□ Valdría para esa categoría de ministros la justificación teológica de Walter KASPER: «Die Funktion des Priesters in der Kirche». EN: Walter KASPER: Glaube und Geschichte. Mainz: Matthias-Gr,newald, 1970,371-387. ID.: «Novos acentos na comprens,,o dogmática do ministerio sacerdotal». Conc. (P) n.º 3 (1969) 21-33.

□ La especificación dependería ciertamente de la decisión del obispo vistas las cualidades personales del «confesor» más capaz de aconsejar que de auxiliar en cuestiones prácticas.

□ HIPÓLITO DE ROMA. Traditio apostólica 7. Chr 1 1bis, 58-59.

□ ID.: IB. 8. Schr 11bis, 62-63.

□ En la época de Hipólito los presbíteros ya presidían comunidades eucarísticas independientes, es una cuestión a que la Tradición Apostólica no corresponde. Así nunca se pudo saber tampoco si los «confesores» presidían solos la Eucaristía.

□ Que no se realiza tan temprano como se imaginaba hasta hace poco. A título de ejemplo dos opiniones diversas: 1) En el siglo IV ya en general la tradición para el monoepiscopado; con Cipriano se puede considerar aclarada la transición (Cf. Johannes NEUMANN: Bischof I. TRE 6,653-683; 654-658); 2) por el año 170 está generalizado el monoepiscopado (Cf. Herve LEGRAND, Presbytre. DCrTh 922-923).

□ La tendencia ya se nota en el tiempo de Ignacio de Antioquia: El Apocalipsis apócrifo Ascensión de Isaías, en un hecho del siglo I (Cf. J. MICHL. Apokalypsen, apokryphe. II. A. des NT. LThK2 I, 698-704 [699], se muestra contra el ministerio estable de tipo episcopal, presbiteral y diaconal, es favorable al ministerio itinerante (Cf. Asc. Is. III,23-31; Ascensión dílsaie [ed. Eugene TISSERANT], París. Letouzey et ané, 1909, 113-115), con relación a las cartas de Ignacio está de acuerdo con el primer tipo de ministerio y tuvieron importancia decisiva en la implantación de su hegemonía.

□ Sobre la adaptación del ministerio ordenado en la vida monástica, Cf. Rudolf ZINNHOBLE. Die m`ncheschen Strukturen des Priesterbildes. Priestrbild im Wandel. Theologische, geschichtliche und praktische Aspekte des Priesterbildes (FS alois GRUBER=. Linz: Ober`sterreichischer Landesverlag, s/d (1972), 73-85. Sobre el sacerdocio monástico, Cf. Jean LECLERCQ: Le sacerdoce des moines. Iren. 36 (1963) 5-40. Louis LELOIR: Sacerdoce et

monachisme. NRTTh 94 (1972= 278-289. Adalbert DE VOGUE. Le prêtre et la communauté monastique dans vaux et résultats récents»StMon 23 (1981) 307-323. Cyrille VOGEL. Deux conséquences de l'eschatologie grégoienne: la multiplication des meces privées et les moines-prêtres. Jacques FONTAINE et Robert GILLET- Stan PELLISTRANDI (ed). Grégoire le Grand. Colloques Internationaux du CNRS. Paris. Ed. Du CNRS, 1986, 267-276. Para alguna otra problemática específica: Jacques WINANDY. Prêtres et ermite. Suppl. No. 101 (1972) 187-200.

□ GREGORIO MAGNO. Homil. 3 in Evang., n.4, PL 76, 1089 A.

□ Cf. Ignacio PEÑA. La desconcertante vida de los monjes sirios. Siglos IV-VI. Salamanca: Sígueme, 1985, 89-91.

□ Toda esquematización reduce la vida que es más rica que los esquemas. Evidentemente también el religioso de vida activa hace descripción el testimonio del seguimiento de Cristo, atento para cumplir la voluntad de Dios en la vida diaria, atribuida aquí a los monjes. El adagio «contemplata aliis tradere (lleva a los otros lo que se contempla: dominicos) y «contemplativus in actione (contemplativo en la acción: jesuitas) lo confirman. La división indicada en el esquema debe ser entendida como una cuestión de acento.

□ Semejante al «presbiterado» de monjes, cuyo estudio no es directamente intencionado aquí, se fundamentaría primeramente en su función litúrgica, de quien dedica la vida a la contemplación de Dios y a la celebración de sus alabanzas, con su ápice en la Eucaristía.

□ En esta perspectiva es preciso considerar una anomalía teológica, fruto de una teología ministerial del segundo milenio, la existencia de institutos religiosos, cuyo carisma sería para asumir parroquias y contribuir con la Iglesia particular. Sería posible una relectura de esos carismas a través de la teología aquí esbozada. Las dimensiones de este artículo no permiten explicitarla.

□ La anomalía que es ser religioso y obispo se torna clara por el hecho de tal persona tener que necesariamente abandonar la vida común y la obediencia características de la familia religiosa a la que pertenece (Cf. CIC can. 705-707). La figura del religioso obispo puede, no tanto, ser vista en otra perspectiva: como un cambio de vocación debido a una petición de la Iglesia. Pero esa perspectiva apenas confirma la anomalía de la fusión de las dos vocaciones: una excluye a la otra; es necesario renunciar a la primera para abrazar la segunda.

□ En nota publicada por la REB 58 (1998) 458, el Centro de Estadística Religiosa e Investigaciones Sociales Estadística Religiosa e investigaciones Sociales (CERIS), organismo unido a la CNBB (Conferencia nacional de Obispos del Brasil) publicó recientemente nuevas estadísticas sobre el clero en el país. Hay 15652 padres: 8021 presbíteros diocesanos y 7.631 presbíteros religiosos. Comparado con las estadísticas oficiales anteriores (1993) se nota un cambio significativo a favor del clero diocesano. En aquel año había 7.076 presbíteros diocesanos para 7.634 presbíteros religioso. Cf. CENTRO DE ESTADÍSTICA RELIGIOSA E INVESTIGACIONES SOCIALES (CERIS). Anuario Católico do Brasil 1993 Rio de Janeiro: CERIS 1993. La obra en cuestión no da datos sobre el número de obispos oriundos del clero diocesano o religioso. La duda puede ser aclarada consultando la lista de obispos del Directorio Litúrgico de 1999, publicado por la Conferencia Nacional de Obispos de Brasil (CNBB). De los 391 obispos contados (Cf. Datos válidos a 31 de julio de 1998), salvo un error de cómputo, 193 provienen del clero regular y 198, del clero diocesano. Prácticamente 50% para cada lado, con una pequeña ventaja para los seculares. Pero es una ventaja que va creciendo, pues en el año anterior, por la misma fuente (Directorio litúrgico- 1998) los religioso llevaban una ventaja de uno.

□ Cf las observaciones de Paul J. PHILIBERT. Priesthood Within the Context of Religious Life. EN: Donald J. GOERGEN (ed) Being a Priest Today. Collegeville, Minnesota: The Liturgical Press, 1992, 73-96 (aquí 79-82). Se critica, su teología del religioso presbítero que parece no tener en consideración la actual concepción del ministerio ordenado a partir de las comunidades y no del sacerdocio.

□ Cf. El lúcido artículo sobre el celibato de los obispos del obispo de Rochester, NY (USA), Matthew H. CLARK. The Priesthood and Celibacy. EN: GOERGEN (ed). Ob.cit., 151-168. Auscultando el sentir del pueblo cristiano y la experiencia de los padres, Clark defiende la necesidad de repensar el vínculo obligatorio entre ministerio presbiteral y celibato, pues no es justo que, por un énfasis exagerado en una tradición humana, disminuya gradualmente la capacidad de la Iglesia de celebrar su vida en la Eucaristía

□ Muchos religiosos presbíteros justifican la práctica de la «misa privada» en la suposición de un «fruto ministerial» inherente al acto de «celebrar». Pero esencialmente no hay ninguna diferencia de más o menos fruto para quien preside («celebra») o para quien participa de la

Eucaristía presidida por otro. Ya Suárez escribía: «En sí, el sacerdote individualmente no está obligado, ni por derecho divino, ni por derecho eclesiástico, a celebrar diariamente. también es patente, porque en ninguna parte consta tal derecho, y porque muchos sacerdotes piadosos y temerosos [de Dios], se abstiene a veces del sacrificio [Eucarístico] por mayor reverencia para con el sacrificio, por uno o varios días y algunos hasta aconsejan el hacerlo» Francisco SUAREZ. Comentaría et disputationes in III partem D. Thomae, De sacramento eucharistiae et de missae sacrificio, q. 83, disp. 80, sección 2,4 (Opera omnia, ed. Vives, t. XXI, 771).

□ LEGRAND: La réalisation de lí...glise..., 221. Contra la afirmación de Legrand, no se objeta que la «comunión» o koinonia siempre se realiza, porque toda Eucaristía es celebrada para el bien de la Iglesia (universal). La objeción olvida que la Eucaristía es sacramento y sacramento significa visibilidad. La Iglesia nunca se puede hacer visible en un lugar, si no a través de una comunidad local concreta, que sea representada por dos personas, aquella que la preside y un participante, que «responde ãamení en el Espíritu Santo».

- Circular 447, p. 40
- Caminar con paz pero de prisa, p. 36
- VC 17
- Guatemala, viernes 31 de octubre de 1997
- Rut 1, 16-18
- Efesios 2,20-21
- Manfred Max-Neef
- Mt 25, 31-46
- VC 55
- Hechos 3,6
- VR junio 2001, núm. 6, vol. 91, pág. 8
- Joe Holland
- A los religiosos, Caracas, 28 enero 1985
- GUERRERO, José Maria, Para vino nuevo odres nuevos, pp12-13. Obra Nacional de la Buena Prensa, AC. México DF, 2001.
- Gn.2
- CABARRUS, Carlos R. Bebiendo de nuestro propio Pozo, Serendipity. Madrid: 2000
- Gen.2-3
- VC 37-39
- Formador dominico. Lima, Perú
- Hech 9,2; 18,25 etc.),
- Apoc 3, 20
- cf. Hech 14,22
- Santo Domingo, República Dominicana
- Santo Domingo Nos. 249 ñ 250
- Sab. 9,15
- AA.VV., Enciclopedia de la Biblia, Ed. Garriga, Barcelona
- Mc. 15,43; Mt. 14,12; Jn 19,31. 38
- Lc. 11, 34
- 1 Cor 6,13 ñ 20
- Job 10,4
- Jn. 1,14
- Jn. 6,51
- Rm 7, 24
- Gn 2,23™
- Ct 5,10-16
- Ct 4,1-15; 7,1-10
- Cf. PALLADARES, José Cárdenas, El cantar de los cantares y el amor humano, Centro de estudios ecuménicos, A.C., México, 2ª e d., 1983
- Ct 1,5
- 5,11b
- Arias, Juan, Un Dios para el 2.000, contra el miedo y a favor de la felicidad, e d. RGM, S.A., Bilbao, 1998.
- BOFF, Leonardo, Semblanza, Nueva Utopía, p. 259
- Cf. BANCO DE LA REPUBLICA, BIBLIOTECA LUIS ANGEL ARANGO, El espíritu del cuerpo, Exposición itinerante, obras de la colección permanente.

□ En Haití existe el mito de la cabeza de un negro esclavizado, que fue decapitado, y que de vez en cuando se deja ver, porque al no poderse unir al resto de su cuerpo, anda errante, entre los cañaduzales, sin poder ir a descansar con los antepasados.

□ GS 14

□ En algunos casos, como el de Francisco de Asís, el hábito inicial fue la opción por los más pobres de su tiempo, los agricultores, pero estas inspiraciones carismáticas son «domesticadas» por la institucionalidad.

□ El biche es la bebida que se elabora con el jugo de la caña, fermentado y destilado, con un proceso artesanal. Es elaborado especialmente por las mujeres y hace parte de los trabajos que producen un ingreso a la familia.

□ La botella curada, corresponde a la tradición de mantener una botella con biche y algunas plantas medicinales, para compartir en momentos especiales como el nacimiento de un niño, un enfermo

□ El silencio es un valor esencial en la vida de toda persona, pero en la vida religiosa se ha llegado a extremos, sacrificando por el silencio las relaciones interpersonales. El pueblo negro también vive el silencio, sino que lo digan los pescadores y los cazadores que son capaces de caminar en medio del bosque sin quebrar una rama, sin producir un ruido y estar quedos para no ahuyentar la presa.

□ El alumbrao es una fiesta religiosa de carácter particular o familiar, se hace en honor a la Virgen o a los Santos, por una petición o una acción de gracias. En la casa se arregla un altar ante el cual se reza el rosario y se cantan los arrullos, desde el atardecer hasta la media noche, luego se quita el altar y se organiza el baile hasta el amanecer, con comida y bebida gratis para todos los participantes.

□ Las posadas, son una especie de dramatización de la forma como Jesé y María buscaron posada, cuando llegaron a Belén, pero se caracteriza en los pueblos del Pacífico por que involucra a toda la población, se recorren las calles con tambores y cantos propios llamados arrullos, hasta llegar al lugar designado para cada día, donde los encargados preparan bebidas y dulces para todos los participantes.

□ Los chigualos, son la celebración de la muerte de un niño, en los cuales no se debe llorar, ni rezar, porque son angelitos, que van a ver el rostro de Dios, se tienen cantos propios para este fin y unos bailes como especies de rondas, donde los padrinos deben danzar con el pequeño ataúd. El chigualo dura toda la noche

□ Puebla 391

□ En los sectores de minería se desarrolló una forma artesanal de trabajar el oro, elaborando verdaderas obras de arte en aretes, cadenas, pulseras, prendedores y anillos.

□ Emisora afiliada a la Asociación de Educación Radiofónica ñ ALER - , la colección completa «Tras las huellas de los cimarrones» se compone de 5 Cassettes que en forma de microprogramas recorren la historia del negro en las Islas del Caribe, desde los orígenes africanos hasta el presente.

□ Ibid.

□ Los manieles del Caribe, son los pueblos libres construidos por los cimarrones, equivalentes a los Palenques de la América hispánica y a los Quilombos del Brasil.

□ Sal 150,4

□ 2 Sam 6,14-15

□ Jr 11, 1. 11,1

□ A Potente, II etapa Por el Camino de Emaús

□ DSD Conclusiones 244

□ Jn 10,10

□ Isaías 2,4

□PAGE □

□PAGE □75□

□PAGE □8□